

La Ilustración Artística

AÑO XXIX

BARCELONA 13 DE JUNIO DE 1910

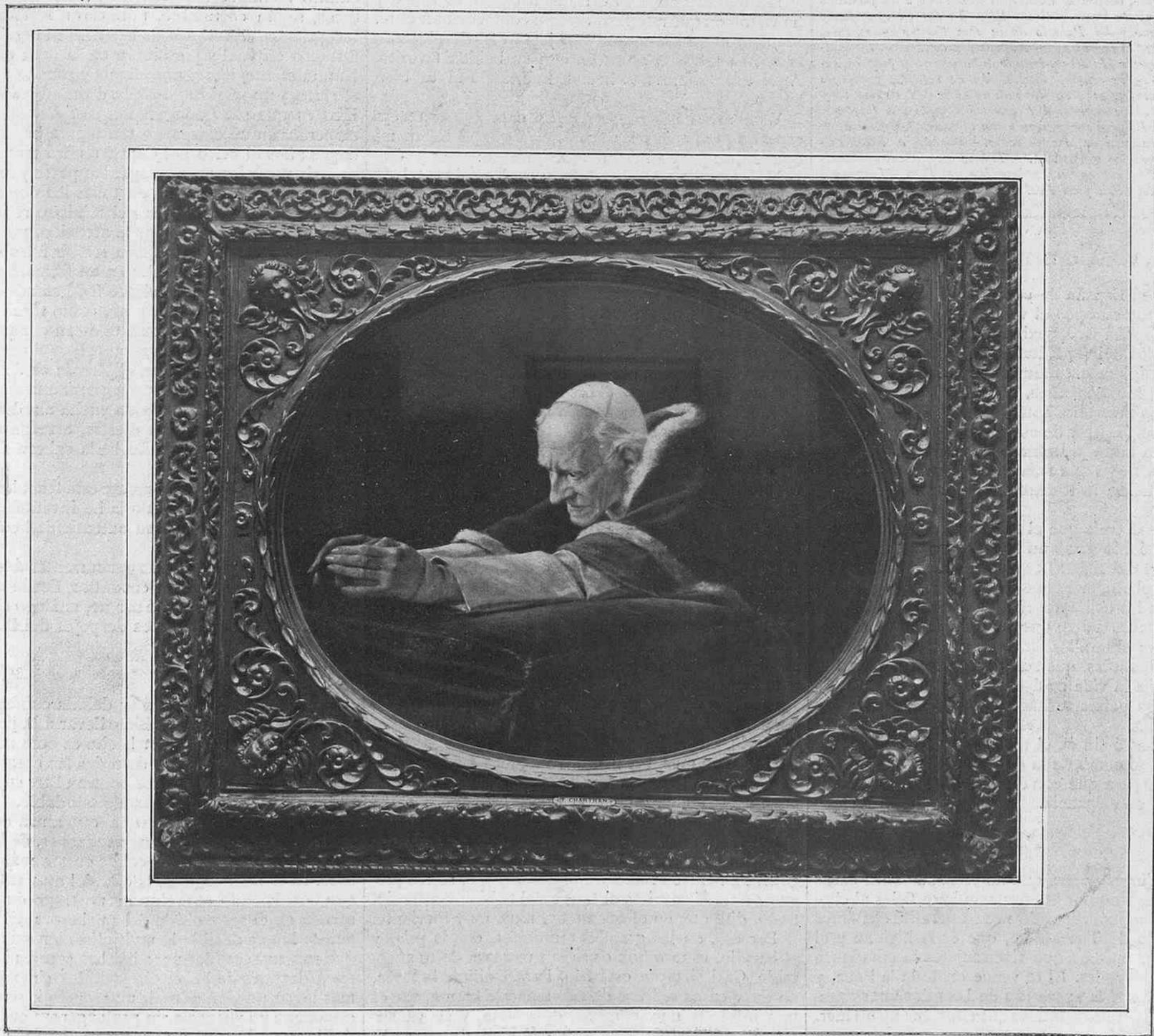
Núm. 1.485

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE RETRATOS Y DIBUJOS ANTIGUOS Y MODERNOS

Unánimes elogios tributan los inteligentes y aficionados á esta magistral obra de Chartrán y á ellos sumamos los nuestros, porque no cabe substraerse á la impresión que produce la representación del venerable pontífice, cuyo espíritu refléjase en su exangüe rostro, simpático y

Preside esta obra la sección francesa, y no en otro lugar podría colocarse.

Teobaldo Chartrán, que falleció en 17 de julio de 1907 á la edad de cincuenta y siete años, ha sido uno de los más notables retratistas franceses. Además del de León XIII cítanse



S. S. EL PAPA LEÓN XIII

retrato obra del eminente pintor francés Teobaldo Chartrán

bondadoso. Este retrato, para el que el artista hizo un boceto especial en el Vaticano en presencia del propio León XIII, fué objeto de gran admiración hace algunos años en el Salón de París, en donde estuvo expuesto.

como modelos en su género los retratos de Sadi Carnot, Sarah Bernhard, Mounet-Sully, el cardenal Gibbons y el del expresidente de la República de los Estados Unidos Mr. Roosevelt y su hija Alicia.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de la presente serie, que es la interesantísima novela de Guido de Teramond

EL HOMBRE FANTASMA

ilustrada por el reputado artista Sr. Sardá.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Hélène Lapidoth-Swarth*, por Angel Guerra. — *Los sellos conmemorativos del centenario de la República Argentina*, por R. Monner Sans. — *El Sena y sus afluentes; fuente monumental.* — *El terremoto de Cartago (Costa Rica).* — *La expedición antártica del capitán Scott.* — *París. Monumento á Coppelé* — *Exposición internacional de Bruselas. Inauguración de las secciones francesas.* — *París. Monumento á Pasteur.* — *Problema de ajedrez.* — *Minnie* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Fiestas de primavera.* — *Regreso de la expedición Charcot, exploradora del Polo Sur.*
Grabados.— *S. S. el papa León XIII*, retrato obra de Teobaldo Chartrán. — *La escritora Hélène Lapidoth Swarth* — *La familia*, cuadro de Jorge de Forest Brush. — *La primavera en la Wienerwald*, cuadro de Federico Jorge Waldmüller. — 1835, cuadro de Félix Via y Pagés. — *Dr. D. Pedro S. Alcázar, nuevo director general de Correos y Telégrafos de la República Argentina.* — *Sellos de correos emitidos con motivo del centenario de la independencia argentina.* — *El Sena y sus afluentes*, fuente monumental destinada á los jardines del Carrousel de París. — *Costa Rica. Vistas de una parte del cementerio y del Palacio de la Paz Centro-americana, destruidos por el terremoto.* — *Expedición antártica. La espesa del almirante Markham izando la bandera del buque « Terra Nova ».* — *Barcelona. Exposición de retratos y dibujos antiguos y modernos. Retratos más notables de las salas 1.ª y 2.ª.* — *París. Monumentos á Francisco Coppelé y á Pasteur.* — *El rey de Bélgica conversando con el comisario general de la sección francesa de la exposición.* — *Barcelona. Fiestas de primavera* (varios grabados). — *Trineo automóvil utilizado por el Dr. Charcot en su exploración del Polo.* — *Llegada á Guernesey del «Pourquoi-Pas?»*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no sé si España se europeíza ó no; pero si se considera muy europeo el vicio del te, no puede negarse que España va aproximándose, en tal respecto, á los dominios del rey Eduardo VII, de grata memoria para la diplomacia mundial.

No hace muchos años, recuerdo que un amigo mío, Narciso Campillo, hombre de humor regocijado y veta castiza (á pesar de sus ideas avanzadísimas en política y un tanto jacobinas en religión) me dijo un día, al ofrecerle yo una taza de la infusión aromática: —Mil gracias; lo tomaré..., aunque no estoy enfermo.

Entonces se creía que el te era una especie de medicamento, ó á lo sumo un lavatorio de tripas. En los últimos años del siglo XIX se comenzó á hacer del te algo que probablemente no les gusta á los españoles, pero que ya les es imprescindible.

La costumbre quiere que, en toda casa que se respeta, se sirva el te á las cinco en punto, —es decir, á las cinco españolas, que son las seis, porque, en España, todavía la vida cuelga, al menos una hora, y lo que en otros países se hace á las cinco, aquí á las seis, y gracias.

Con retraso ó sin él, el te forma ya parte de nuestra vida, si no como de la de los portugueses el *chá*, lo suficiente para que con él nos demos tono de modernismo y de elegancia.

* *

En vano unos pocos, que no estimamos las cosas por recientes sino por buenas, seguimos fieles al chocolate con mojiçón, cuando nos lo permite el doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que es la higiene y el régimen alimenticio á que viven sujetos la mitad más uno de los mortales. El te vence en toda la línea, y ha llegado á ser la expresión de las relaciones mundanas, con delicados matices que conviene no olvidar.

Si una reunión es numerosa, «en grande» como ahora se dice, la invitación generalmente reza que se vaya á tomar «una taza de te.» En cambio, si se trata de una *soirée* íntima, entre pocas personas, se invita á «tomar el te» poniendo cuidado en no suprimir el artículo; porque el artículo expresa que se trata de absorber, en casa de la señora que convida, la misma infusión que se tenía el deber de tragar en el domicilio propio, ó en el club, ó en el Ideal Room, ó en cualquier otro punto donde pueda hervir una *bouilloire* y alinearse unas tacitas coquetonas.

Es decir que «el te» con artículo, hay que tomarlo

irremisiblemente, como hay que tener, sin falta, en la habitación donde se reúna la familia y los amigos íntimos, la mesita de caoba luciente con barandilla de bronce, vestida de paños de encaje y alhajada con tacitas de cáscara de huevo Satsuma ó de nítida porcelana inglesa, y chismes de plata cincelada, para que á toda hora pueda servirse el te sin que los criados hayan de ocuparse de traer, en bandeja, los accesorios de esta operación.

Porque uno de los encantos del te es que lo sirvan, en la intimidad, las muchachas, solícitas y sonrientes. ¡Cuánto idilio, cuánta menuda intriga de salón se habrá tejido entre el vaho de una taza de te presentada por manos de jazmín!

En las grandes recepciones, el te lo sirven los criados. Y es imposible decir hasta qué punto difiere una taza de te, azucarada, dosificada y teñida de leche por gente mercenaria, de otra en que tan exquisitas operaciones han sido verificadas por una niña gentil...

Al menos, así debía suceder. Pero la prosaica verdad es que niñas y servidores hacen, generalmente, un te muy mediano, y desconocen igualmente los principios severísimos que es preciso aplicar para que una taza de te sea enteramente ortodoxa.

Y esto es la señal clara de que el te, en nuestro país, tiene algo de postizo y de artificial. Nadie se interesa por hacerlo bien.

* *

He tenido ocasión de tratar á bastantes rusos, y he visto con qué religioso esmero confeccionan el te. Me figuro que los chinos y los japoneses desplegarán la misma refinada atención con su bebida favorita. Aquí todavía no nos hemos habituado al te bien hecho.

Y como no hay nadie que no crea poseer receta especial para todas las cosas, diré que el te, en mi opinión, se prepara del modo siguiente:

Mejor que tetera de plata, porcelana ó metal de cualquier clase que sea, conviene la tetera de barro japonés. Esta clase de material, á la larga, se impregna del perfume del te, y su porosidad ayuda á que la infusión tenga molicie y aroma.

El agua debe hervirse en recipiente que no haya contenido jamás ninguna grasa. Por mucho que se lave un cacharro, si tuvo grasa, el agua del te no saldrá limpia.

El te es nervioso, mimoso, exigente, pulcro. Si lleva alguna impureza el agua, no será bueno el te.

Antes de colocar en el fondo de la tetera las hojas de la hierba, —una cucharada muy pequeña por taza, —debe escaldarse la tetera interiormente con agua hirviendo. Y téngase en cuenta que yo no llamo agua hirviendo, sino al agua hirviendo, es decir, á borbotones y con su penacho de vapor. Lo que cocineras y servidores llaman agua hirviendo, no es sino agua más ó menos caliente.

Escaldada la tetera y escurrida, se deposita en ella el te, y se deja así un minuto ó dos, á fin de que se esponje ligeramente. Después se le echa un chorrito de agua, muy hirviendo también, para que abra y empiece á perfumar. Y, al cabo de otros dos minutos, puede agregarse el agua toda, sin perjuicio de tener otra agua dispuesta para las personas que no quieren el te cargado.

El mejor te, creo que es una mezcla de negro, dos partes, y verde, una. Pero hay quien tiene miedo al te verde, creyendo que su coloración es venenosa. De todos modos, las mezclas mejoran las clases de te. Cada uno tiene su mezcla especial, y los moros, por no ser menos, echan al te hierbabuena, y hasta se dice que cominos.

Los rusos añaden al te, muy fino, que gastan, unas hojas de rosa en confitura. Hay quien agrega al te gotas de licor ó ruedas de limón. Pero, si se me pregunta en qué consiste el toque del te bien confeccionado, diré que en el agua muy, muy, muy hirviendo.

Por eso, en las grandes reuniones, con la prisa y el barullo, es raro que os sirvan una taza de te aceptable. Casi siempre está frío. Para facilitar la tarea, en estos casos se hace de antemano la crema, que es una infusión muy cargada, densísima, y se va sirviendo adicionada con gran cantidad de agua. Y, como el agua suele estar tibia, porque no han llegado los servidores á enterarse de lo que es hervir, se toma un bebestiajo indecoroso. Como sucede lo mismo en todas partes ni la dueña de la casa se preocupa.

* *

Hay un sistema familiar de hacer el te, que no da mal resultado, y hasta ofrece ciertas ventajas, siempre que no sean más de tres ó cuatro los agrupados para tomar el te. Me refiero á las cucharitas perfora-

das. En ellas se ponen las hojas de la hierba, y en las tazas, el agua —muy furiosamente hirviendo, eso está dicho. —Se sumerge en la taza la cucharita, y el agua va tiñéndose al grado que se desea. Es un medio rápido, seguro y limpio.

La coquetería del te, sin embargo, está en las lindas teteras, en las jarritas cucas llenas de nata, —la nata es mucho más elegante que la leche —en los platos de florida porcelana llenos de *marrons glacés* y bombones, en las confituras de frambuesa y fresa londonianas, en las tostadas invisibles de puro sutiles, abarquilladas levemente en el horno, en los palitos salados, en las *briches* esponjosas, en tanta y tanta monería como acompaña á lo que en sí apenas es una esencia, un buche de agua con un perfume chino...

No sé por qué, se me figura que ya hemos llegado los europeos á rodear el te de refinamientos que acaso ignoren los chinos. Tendría mucha curiosidad de que un verdadero chino me convidase á un te genuinamente del país de las porcelanas rosa y los dragones verdes y rojos. Hay que perder la esperanza, á no decidirse á visitar regiones tan distantes. Los chinos que en Madrid conocemos, pertenecen al cuerpo diplomático, y jamás dan recepciones, ni convites de ninguna especie. Acerca de esto corre una leyenda, de cuya verdad no respondo. Parece que aquí existió un ministro del Celeste Imperio que, sintiéndose galante, obsequió con tes y fiestas á algunas damas de la buena sociedad. Lo difícil en esto es el primer paso; una vez dado, lo demás es consecuencia. El chinito menudeó los convites y saraos, y los periódicos, según costumbre, publicaron reseñas de las recepciones, ensalzándolas hasta las nubes. Todo era fastuoso original y pintoresco en la casa del chino. Naturalmente, lacas, porcelanas y esmaltes hicieron el gasto, y no sé si hubo algún ditirambo á la coleta. Ello es que sin duda, en Pequin, el emperador, ó emperatriz, que con mano tan segura ha empuñado largos años el cetro del Catay, tendrá montada una agencia ú oficina para indagar los pasos y movimientos de sus representantes en todas las comarcas del globo. Las mundanidades del ministro residente en Madrid hubieron de llamar la atención, pues parece que no les es del todo lícito recibir á las diablesas de Occidente y obsequiarlas en tal forma. Sea de ello lo que quiera, el chino galante fué llamado á presentarse ante sus superiores, y no, como alguien pensaría, á dar sencillamente cuenta de su conducta, sino á algo más radical: entregar su cabeza á uno de esos verdugos artísticos que en el *Jardín de los suplicios* se describen, y que saben agarrar airosamente el apéndice capilar, darle rápida vuelta alrededor de la izquierda mano, y con la diestra, armada de curvo sable, cercenar sin una rebarba la cabeza del ilustre reo...

Si, lector, dijeres ser comentario esta truculenta aventura del chino, sabe que no la he inventado. Eso sí: repito que no garantizo su autenticidad en lo de la degollina...

A ser cierto, las señoras concurrentes á los *raouts* del decapitado pudieran encontrar, desde entonces, en el te, un amarguillo de sangre, análogo al que Salomé encuentra en los fríos despojos del Bautista.

* *

Volviendo al te en sí, á su debida confección, debo declarar que es difícilísimo llevar á la práctica todas las teorías. Un te bien hecho es cosa no común. Lo mismo puede decirse de todas las cosas bien hechas. Y hay que prevenirse contra el te, cuya acción sobre el corazón tiene poco de saludable.

Claro es que no abrigo la esperanza de que se vuelva al chocolate, por varias razones, de las cuales la principal es que el chocolate cuesta más caro que el te. El te tiene algo de la olla del avariento clásico que envolviendo el tocino en un trapo ó red, lo sumergía en el agua chirle del puchero, retirándolo al punto. No es decible la multiplicación milagrosa de que son susceptibles unas hierbas secas, ni las veces que, (después de haber chupado los sinenses su primer jugo), pueden admitir un recuelo ingenioso, que prolonga su existencia sin prolongar sus cualidades...

El te es barato, y por consecuencia, Cachupín, abogado y patrono de las reuniones cursis, le debe profunda gratitud. Con tres hojillas de te, que hasta cabe reemplazar con hierba luisa ó albahaca, y medio kilo de rosquillas tontas, se da una fiesta muy brillante, que sale en los papeles...

Élévese, pues, al te, un monumento, porque ha estrechado la cordialidad humana y substituído con ventaja á los bolados, alojás, mistelas, bollos y dulce de espejuelo de nuestros ascendientes.



LAS GRANDES ESCRITORAS MODERNAS
HÉLÈNE LAPIDOTH-SWARTH



No hace mucho Holanda celebraba el cincuentenario de su poeta predilecto, la autora insigne de *Gedichten en Poesie*. En honor de la hija pródiga, el solar nativo, adonde volviera la voluntariamente expatriada, ardía en fiestas. Porque Hélène Swarth hubo un tiempo en que desertó de la patria, viviendo en otros lugares y cantando en otra lengua. Educada en Bruselas y en París, enamorada de la cultura latina, presa del encanto irresistible de las meridionales tierras de sol «donde florece el naranjo,» como Goethe en pretéritos días, sus primeros versos se escribieron en francés, con un dejo lírico que traspasaba la influencia de la poesía de Lamartine, por entonces en todo su auge, bien pronto olvidada en el ímpetu renovador de la lírica francesa contemporánea.

Esos versos de entonces son en Hélène Swarth flores de trapo, sin color y sin fragancia. Había errado el camino. Bien pronto comprendió que necesitaba saturar su espíritu y también su poesía en los espléndidos jardines de Harlem. La naturaleza rebelábase en ella contra todos los postizos retóricos. Las escuelas literarias educan, disciplinan los temperamentos, pero no los forman. La palmera meridional y el pino del Norte, de que habló Heine, si cambian de lugar, se marchitan y mueren. Los árboles, y lo mismo los talentos artísticos, necesitan nutrirse de la savia natural en el terruño nativo. La cal de nuestros huesos y la inspiración de nuestros espíritus es de la tierra en que se nace.

¿Y cómo, pues, Hélène Swarth podía renunciar, ni aun forzada por la educación, bajo la disciplina de un exótico gusto estético, á su temperamento personalísimo? No podía ser. Así sus versos primerizos, en los que inciertamente comenzó á balbucear su estro, fueron artificiosos, de pura imitación, mecánico solaz de escolar que ha estudiado preceptiva literaria, pero sin un cálido acento sincero y sin llevar dentro un hondo grito, arrancado de las profundidades del alma.

La adaptación al idioma, y sobre todo al genio poético de otra raza, es extraordinariamente difícil. Es una trasplatación casi imposible. Jean Moreas, griego de origen, ha logrado, sin embargo, ser uno de los mejores poetas franceses contemporáneos. Caso raro, por no decir único.

La primera manera de Hélène Swarth, escribiendo en francés y con modalidad latina, es desdeñable. Más tarde, se ha arrepentido de ese descarrío de su inspiración juvenil.

Integróse su plena personalidad cuando penetró en sí misma, cuando en su propio corazón, saturado del país natal, encontró la fuente viva de su lírica. Ella era, y no podía ser otra cosa, un poeta holandés. Así entró en aquel movimiento de 1880 que en los Países Bajos produjo lo que se ha venido llamando el Renacimiento de la poesía neerlandesa. Fué un impulso que trajo la verdadera independencia espiritual de Holanda, antes prisionera en las corrientes intelectuales de Europa, que ha estudiado Brandés, bajo la presión de las ideas germánicas, de la cultura francesa, de la originalidad de muchos poetas británicos y hasta del despertar prodigioso, con sus intensas renovaciones, de las literaturas escandinavas. Claro que, por afinidad de raza, por la propia vecindad geográfica, Holanda, en su intelectualidad y en su arte, tenía que ser espiritualmente tributaria de los demás países, más fuertes y más cultos, con predominio mundial. Pero llególe también el día de libertarse. Y su literatura fué independiente, fundida en cuño propio. En ese despertar tan gallardo, apareció en las primeras filas Hélène Swarth. Desde entonces fué el poeta predilecto, el más genuino poeta nacional.

¿Cómo se reveló? ¿Qué causas actuaron en esa rápida y genial transformación de su lírica?

Acaso, vuelta desde el colegio en el extranjero á su patria nativa, el encanto del país propio, esa hermosísima Holanda, despertó agudamente en su alma visiones apagadas y sentimientos dormidos.

Tal vez la acosó el vértigo patriótico de sumar su esfuerzo al de los que luchaban por restaurar, ensanchándola y ennobleciéndola, la lengua maternal,

hasta entonces olvidada, y consolidar una nacional literatura en ciernes.

Puede que estos altos estímulos hayan sido los únicos que hayan convertido el talento de Hélène Swarth, nacionalizándolo.

Sin embargo, á través de sus libros se encuentra la única huella de un amor prematuramente desengañado, que no sabe más que llorar. Fué una pasión de la lejana juventud, según han dicho biógrafos y críticos. Judía de Amsterdam, en sus mejores años y en los días de su hermosura singular, Hélène Swarth amó con todo el corazón. Y aquel amor fué traidoramente roto cuando más vivo ardía. Sobre el espíritu de la poetisa, hasta entonces alegre, apegada con ansia al júbilo de vivir, cayeron las sombras lúgubres de un duelo que no debía acabar nunca. El amor en ella subsistió y sigue subsistiendo, pero



La escritora Hélène Lapidoth-Swarth

lamentoso y querellante, bañado en melancolías.

Dentro de sus versos no resuena más que un largo plañido. Aunque se repite, como un infatigable leitmotiv, no acusa monotonía. El dolor va en ella, á compás de los años y de las andanzas de la vida, cambiando de intensidad y de acento. Su corazón, sangrando, respira siempre por la misma herida. Sus ojos no pueden ver otra cosa, porque están siempre empañados por una niebla de viejas lágrimas que no se han secado nunca. Lleva dentro de su corazón, enterrada, la imagen del amado, y cuando revuelve en él no encuentra más que antiguos recuerdos que no se han extinguido.

Ahí, en ese triste amor del pasado, que cubrió un horrible desencanto, está toda la clave de la lírica de Hélène Swarth. Es un poeta esencialmente subjetivo. No mira al exterior, sino que se complace en mirar siempre dentro de su interior.

Sus ojos permanecen como cerrados ante el paisaje holandés, tan lleno de melancolías. ¿A qué mirar lo? La niebla que de continuo cubre las campiñas, ella también la lleva dentro como una lúgubre sombra de dolor. La niebla de los campos, húmeda, llora por las tardes. Su niebla íntima también llora constantemente desconsuelos, la tristeza infinita del amargor de vivir.

El paisaje interno del poeta es acaso más melancólico que el paisaje externo de las praderías holandesas, con sus canales por donde las barcas pasan, desplegadas las velas, rozando el ramaje de los árboles de las márgenes; con sus molinos perdidos en

la soledad de las campiñas verdes donde pastan las vacas, como dijera Carducci, reflejando en sus calmados ojos toda la melancolía de la llanura.

Nada le importa la poesía que exhala la tierra verde, ni el encanto poético de las aguas que levemente sollozan al ir por el cauce de los canales dormidos. Ella no escucha más que «su música interior.» Como en la elegía bíblica, ella se repite constantemente y lo repite en voz alta: *tristis est anima mea usque ad mortem*.

Hélène Swarth no ha hecho más que destilar, gota á gota, en sus venas la sangre de su corazón. Ha tenido siempre una ingenua sinceridad de mujer, y se ha circunscrito—como dijo uno de los primeros críticos de su país, Van Nonhuijs—á cantar su pasión.

Ni ha gritado con ira por la traición, ni se ha lamentado con queja rencorosa. Ni ha olvidado tam-

poco. Fiel al antiguo querer, se querella con la voz más dulce, mojada en lágrimas.

Y en un arranque cordial exclama: «¿Quién osa tirarle la primera piedra?.. ¿Quién se atreve á declarar, «ese hombre es malvado,» sin bajar los ojos al decirlo? El derecho de tirarle la piedra lo tenía yo, yo sola, ¡oh hombre sin tacha!, yo sola tenía el derecho de decir á las gentes: «ese hombre me ha traicionado.»

»Y yo no lo he hecho; yo me he alejado en silencio... y yo he cantado mi canción melancólica en la lengua de mi país, que antes había abandonado, y no en la lengua querida que resonaba como el canto del ruiseñor.

»Y yo me digo: «Ese hombre era traidor y su amor fué falso y el mío fué verdadero. Y jamás nuestros caminos se han cruzado, allá donde el viento ruge tristemente entre la fronda, allá donde muchas veces, cerca de las aguas de la desesperación sombrías y profundas, yo he dormido; allá donde bajo la nieve, la tempestad ó un sol de fuego, yo he emprendido mi viaje solitario.

»Ahora que él duerme en su tumba, indiferente y tranquilo, que él duerme su sueño sin ensueño, sin oír ni el canto de las aves ni el murmurio del viento; ahora que yo me arrodillo sobre la sepultura de mi hermoso paje y yo no le interrogo, yo no le pregunto cómo él me ha odiado tanto, á mí que tanto le amé, yo cubro con mi amor su traición, como una madre errante protege con su manto el hijo dormido contra el mal tiempo y contra la lluvia.»

Lleva ese dolor dentro, la poetisa, como si ella, igual que el antiguo poeta, hubiese nacido «con una llaga en el corazón.» Sufre, se atormenta, pero no siente ni el agujijón de

la rebeldía, ni las exaltaciones coléricas de la indignación. Se resigna piadosamente, con un recóndito dejo de melancolía. No la acosa la lúgubre desesperación de un Leopardi, ni siquiera el bravo arrebatado pasional de Ada Negri.

«Sí, muchas veces,—escribe—yo he mordido mis labios hasta hacerlos sangrar; sí, muchas veces he cerrado los puños, para que nadie descubriese la pena amarga que hacía asomar las lágrimas á mis ojos. Los sollozos que destrozaban mi garganta, orgullosa como un hombre, yo los he reprimido, y entonces—no olvidaré nunca esos días de abandono—entonces, yo he dado mi canción al aire.»

Ese amor infeliz de los juveniles años dejó en su espíritu un surco muy hondo. No ha podido borrarlo el tiempo, ni otros nuevos cariños más dichosos. Su alma se vuelve continuamente hacia atrás, con tenacidad dolorosa, como si se complaciera en ahondar sus propias heridas, y vive entre las lejanías de un melancólico pasado de recuerdos. Por eso siente de continuo la abrumadora fatiga de la existencia. ¡Pesan tanto sobre el alma las memorias, tristes por distantes, de los días felices!

Ni aun el sentimiento de la maternidad ha traído á la poesía de Hélène Swarth una ráfaga de alegrías nuevas. El naciente amor no ha extinguido las huellas del viejo. La planta, herida en el tronco, cómo ha de erguirse espléndida aunque se cubran sus ramas de hojas y de flores nuevas? Un corazón que lleva una espina clavada, permanecerá ensombrecido mientras viva. Latirá, pero continuará sangrando.

Así se sobresalta y se apena ante la perspectiva del hijo que ha de venir. «¿Qué le diré yo?..» Es el título de una de sus mejores composiciones. Por más que reconcentre sus ternuras; por más que ensaye la más alegre canción de cuna, el dolor, saliéndole á borbotones y con rumor de sollozos, dará siempre una nota amarga á sus canciones de maternal arrullo. No podrán fundirse, comprenderse. Para ella, que vive en el pasado, la existencia será siempre dolor y recuerdos; para el recién nacido la vida será alegría y ensueños mirando al mañana. El cariño ligará estos corazones con lazos fuertes; la tristeza pondrá entre ambos un abismo espiritual que nada cegar puede.

Con el alma vuelta hacia atrás, el poeta sólo contempla el pasado. Gusta de la melancolía de la casa paterna, su soledad, que evoca en ella remembranzas de otros días y, al mismo tiempo, aviva el rescoldo de las tristezas antiguas que aún perduran bajo las cenizas de tantas cosas que han amontonado los años.

Con la cruz á cuestas de este dolor íntimo á lo largo de la vida, ¿qué extraño es que el poeta sienta el cansancio, el amargor de un infinito desaliento? Y piensa en la eterna paz de los sepulcros. A través de sus versos se rastrea una tenaz obsesión de la

antes por el contrario se la desea y se la llama con quedas voces de angustia, cuando las pesadumbres gravitan demasiado sobre los corazones en duelo.

«¡Pálida muerte!—exclama.—No tardes más tiempo. ¡Ven!»

Más adelante, siempre bajo la obsesión de la misma idea, resignada y suplicante, vuelve á decirle:

ta genuinamente neerlandés, no sólo porque ha utilizado y magnificado la lengua nativa, sino porque ha sabido expresar la recóndita tristeza que esconde en sus entrañas el alma de la raza y el corazón de su pueblo. La niebla que cubre las praderías de su verde país es esa misma niebla de lágrimas que baña sus versos, y su corazón ha ido por la vida



La familia, cuadro de Jorge de Forest Brush, reproducción autorizada por el Art Institute, de Chicago

Un cariño del viejo tiempo la empuja también al anhelo de este reposo eterno. La madre también ha muerto y la acosa la nostalgia de reunirse á ella. ¿A qué vivir? Ya no se moverán más aquellas manos que calmaban sus penas; ya ha cesado de latir para siempre aquel corazón que sangraba amoroso sobre todos sus dolores. Y con voz implorante pide que le haga un hueco junto á ella:

«Tu lugar de reposo—dice—es bastante grande para las dos. Déjame entrar y cuando baje yo, llevaré conmigo todas mis canciones. ¡Mis tristes canciones! Yo las cantaré hasta que el sueño venga á calmar tu larga noche. Después de una vida de dolores, tu lecho será grande para las dos.»

Poetisa de gran inspiración es Hélène Lapidother-Swarth—casada con el gran escritor holandés Fritz Lapidother,—por lo que tiene de subjetivismo esencialmente femenino. Es siempre mujer que canta para llorar, y poe-



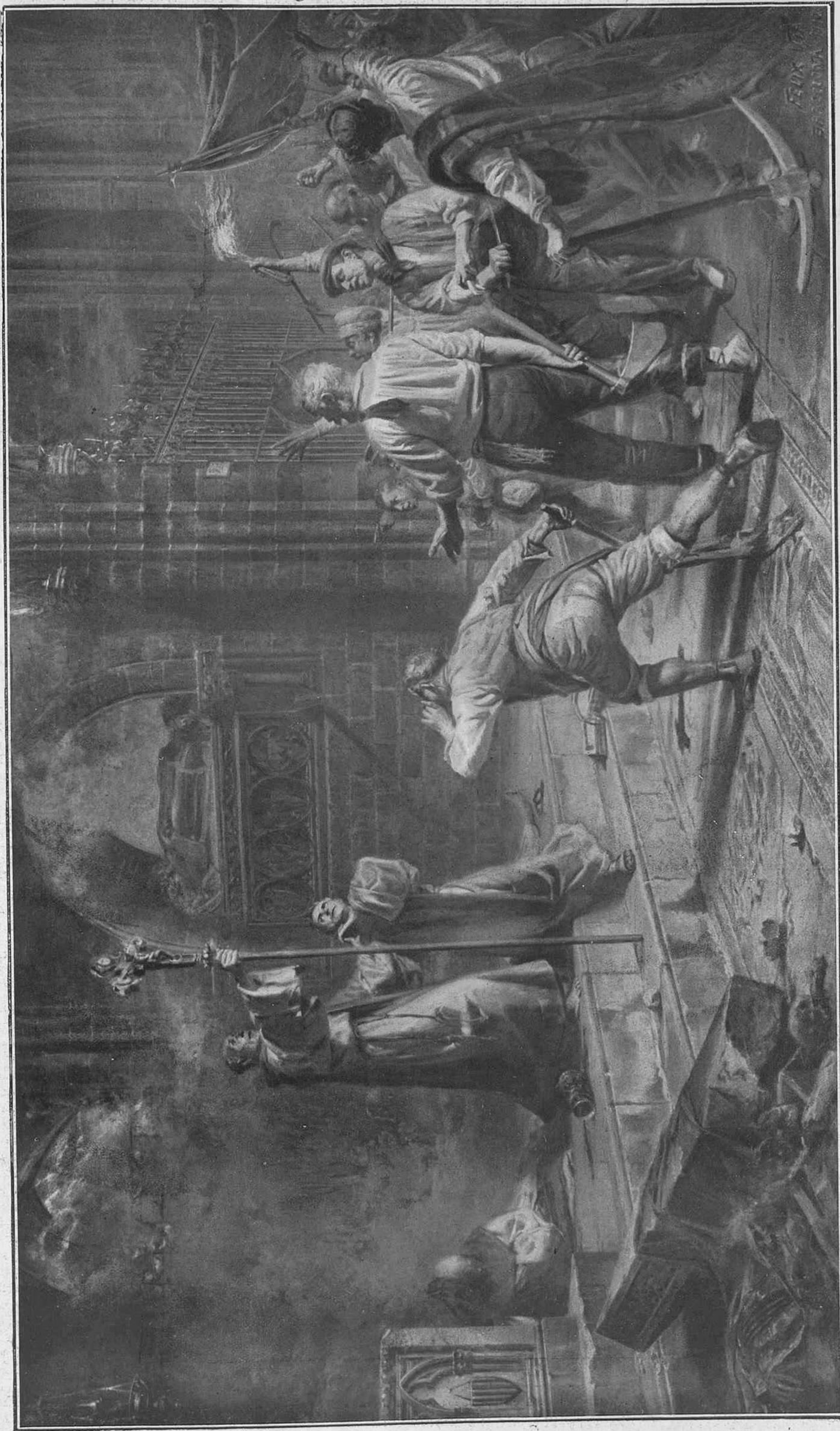
La primavera en la Wienerwald (Alpes austriacos), cuadro de Federico Jorge Waldmüller

muerte. ¡La intrusa! Ella es la libertadora de todas las penas que siguen á la estirpe humana en su triste peregrinación por la tierra. No se teme su llegada;

«Yo no me alejo de tus pasos.» Luego añade: «La muerte es el camino por donde van, blancas, hacia la tierra de promisión, las almas libres.»

en silencio y triste, como esas barcas que, sin rumor, se deslizan por los canales dormidos en el bello país de sus sueños.—ANGEL GUERRA.

1835, CUADRO DE FÉLIX VÍA Y PAGÉS, ACTUALMENTE EXPUESTO EN EL SALÓN PARÉS DE ESTA CIUDAD
(De fotografía de Mas.)



Visitando los famosos monasterios de Poblet y Santas Creus, y recordando los crímenes allí cometidos, las profanaciones realizadas, los destrozos artísticos perpetrados por las feroces turbas en 1835, el autor de este cuadro quiso sintetizar todos aquellos horrores en un lienzo, como tan admirablemente los sintetizara el gran vate Guimerá en la siguiente estrofa de su admirable POEMA: «*Y com cap de torrentada - fins la mesa del altar - rebuig de viles y pobles - á tomballons se n'ha entrat.*» (Como avenida de torrente, la hez de villas y pueblos entró atropellándose hasta la mesa del altar.) El Sr. Vía hizo largos y detenidos estudios de aquellos históricos y artísticos cenobios y, como resultado de ellos, ha pintado esta notable obra que actualmente puede admirar el público en el Salón Parés, de esta ciudad, y que su autor se propone luego exponer sucesivamente en las principales capitales de España y llevar finalmente á América.



Dr. D. Pedro S. Alcácer, nuevo director general de Correos y Telégrafos de la República Argentina. (De fotografía.)

CENTENARIO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

LOS SELLOS CONMEMORATIVOS

EL NUEVO DIRECTOR GENERAL DE CORREOS Y TELÉGRAFOS

Costumbre ya generalizada es la de que los pueblos conmemoren hoy los grandes acontecimientos, echando mano de los sellos de correo: las colecciones filatélicas prueban que cayó en gracia la idea, por su utilidad y por su larga vida de que han de gozar estos pedacitos de papel impreso.

La Dirección General de Correos y Telégrafos ordenó oportunamente la impresión de 16 sellos, eligiendo como asunto para ellos, hechos y personajes de la época de la independencia. Su descripción, y la indicación de los colores en que están impresos, facilitarán la comprensión de los grabados que publicamos.

De 1/2 centavo; azul acero y azul ultramar. La pirámide de Mayo.

De 1 centavo; laca verde y negro. Rodríguez Peña y Vieytes.

De 2 centavos; amarillo bronce y gris oscuro. Salón de Rodríguez Peña.

De 3 centavos; verde seda medio. Azcuénaga y Alberti.

De 4 centavos; azul bronce y verde gris. Fuerte y casa de los virreyes.

De 5 centavos; rojo granate. Saavedra.

De 10 centavos; laca pardo y gris oscuro. French y Beruti, repartiendo divisas.

De 12 centavos; azul ultramar y azul bronce. El Congreso (nuevo).

De 20 centavos; marrón oscuro y negro. Castell y Matheu.

De 24 centavos; Siena y azul gris. Cabildo abierto.

De 30 centavos; laca violeta y negro. Belgrano y Larrea.

De 50 centavos; rojo granateado y negro verdoso. El 25 de mayo de 1810.

De 1 peso; azul ultramar y azul acero. Moreno y Paso.

De 5 pesos; laca naranja y violeta brillante. Juramento de la Junta.

De 10 pesos; laca naranja y violeta negro. Monumento á Mayo.

De 20 pesos; azul acero y negro azulado. San Martín.

En su provincia natal ejerció varios é importantes cargos: médico de la Policía y de los Tribunales, inspector general de Escuelas, diputado, profesor de Geografía y de Historia argentina en la Escuela Normal de maestras del Rosario, y por fin ministro de Hacienda, en todas partes dejó muestras fehacientes de sus talentos y actividad, y de que sabía posponer á sus propios intereses los públicos confiados á su cuidado.

Ya radicado en la capital federal, cuando la provincia de Corrientes fué intervenida, allí fué con el cargo de ministro de

EL SENA Y SUS AFLUENTES, FUENTE MONUMENTAL OBRA DE RAÚL LARCHE

Por mayoría de votos, casi por unanimidad, ha sido otorgada la medalla de honor correspondiente á la sección de escultura del actual Salón de la Sociedad de Artistas Franceses, al celebrado escultor Raúl Larche. La obra que ha merecido tan altísima distinción es la fuente monumental que adjunta re-



Sellos de correos emitidos con motivo de la celebración del centenario de la independencia de la República Argentina

Hacienda, que tuvo que dejar para venir á ocupar el difícil puesto de subsecretario del Ministerio del Interior, cargo éste que ha desempeñado más de dos años poniendo en él de relieve sus especiales condiciones para sortear dificultades, captándose las simpatías de cuantos á él, oficialistas ú opositores se acercaban.

Actuación tan brillante en la política argentina, y prendas tan poco comunes de amor desinteresado al país, acaban de ser recompensadas, si recompensa es echar sobre los hombros de un ciudadano la pesada tarea de dirigir un departamento tan vasto y complicado como el de Correos y Telégrafos. Su reciente nombramiento para uno de los más elevados puestos de la administración pública, ha sido aplaudido con rara unanimidad: los diarios menos adictos al Gobierno convinieron en lo acertado de la designación.

Tiene el nuevo director el don de gentes, siendo proverbial su caballerosidad; y como nadie duda de su competencia para

producimos y que representa el *Sena y sus afluentes*, simbolizados por bellísimas estatuas, perfectamente modeladas y combinadas artística y graciosamente. El conjunto resulta eminentemente decorativo y muy adecuado al objeto á que la obra se destina, que es adornar los pintorescos jardines del Carrousel de París.

Raúl Larche cuenta en la actualidad cincuenta años. En 1886 fué segundo gran premio de Roma; en la exposición de 1900 obtuvo una medalla de oro y es, además, caballero de la Legión de Honor. Ha producido muchas y muy notables obras, algunas de las cuales han sido muy justamente celebradas en los Salones de París; citaremos entre ellas las figuras alegóricas *La savia*, *El mar*, *La tempestad* y *La primavera*. Suyas son también las estatuas *La fiesta* y *La música*, que decoran el Gran Palacio, y la de *Pablo Dubois*, que se admira en el Museo de Copenhague.

Se ha revelado, además, este artista como maestro en escul-



El Sena y sus afluentes, fuente monumental destinada á los jardines del Carrousel de París. Obra de Raúl Larche que ha sido premiada con la medalla de honor en el Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses de este año

Los sellos de 2, 10, 24 y 50 centavos y pesos son notables por su composición y la nitidez con que están impresos.

Completaremos esta nota postal dando á conocer al nuevo director general de Correos y Telégrafos.

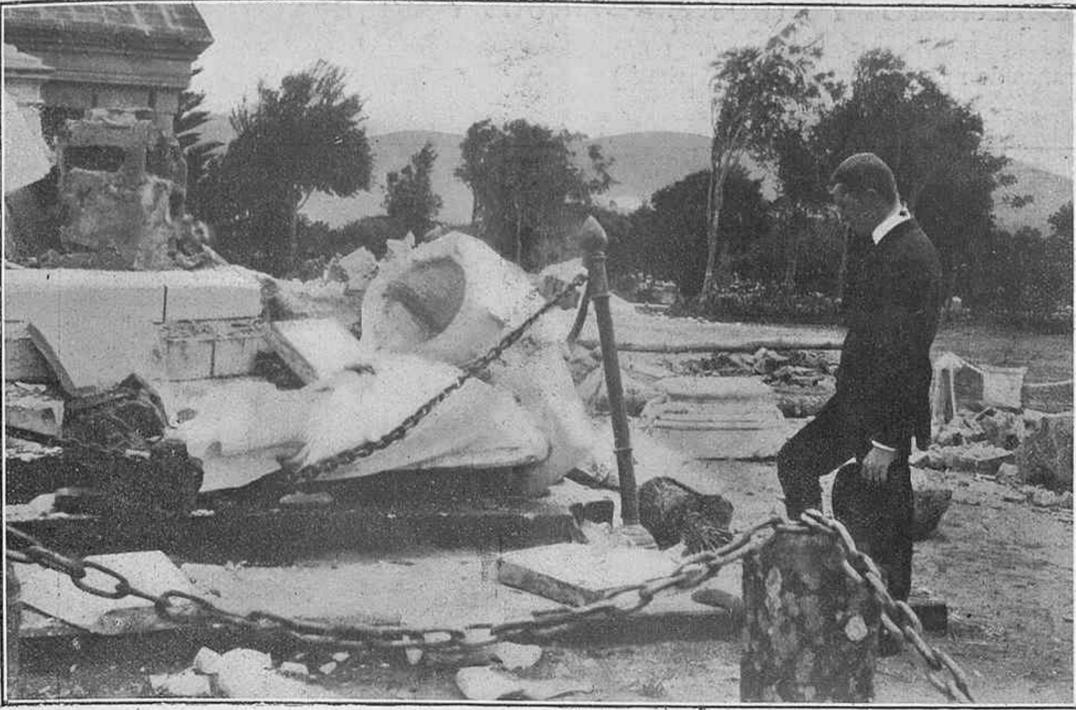
El Dr. Pedro S. Alcácer, nació en la provincia de Santa Fe, recibiendo su título de médico en 1884.

el desempeño de tan elevado cuanto espinoso cargo, es casi unánime el deseo de que la ya próxima presidencia del doctor Saenz Peña confirme en su puesto al Dr. Alcácer, que dicho sea como punto final, es un carísimimo amigo de los españoles.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, mayo de 1910.

tura puramente decorativa; y en este género, aparte de la obra que ahora le ha valido la medalla de honor, merecen especial mención *El océano y la montaña*, fuente monumental instalada en una plaza de Sevres, *El fauno y las rosas*, y los centros de mesa *El estanque y los mosquitos* y *El año, las estaciones y los días*. — Y.



El terremoto de Cartago (Costa Rica)
Vista de una parte del cementerio destruído por el terremoto

EL TERREMOTO DE CARTAGO (COSTA RICA)

Un terrible terremoto destruyó la ciudad de Cartago el día 4 de mayo último. La violencia del fenómeno sísmico fué tan grande, que todos, absolutamente todos los edificios de aquella ciudad han quedado totalmente derruídos. Y en cuanto al número de víctimas, bastará decir, para que se comprenda todo el horror de la catástrofe, que de los 6.000 habitantes que tiene aquella población, más de 1.000 perecieron entre las ruinas y otros tantos resultaron heridos más ó menos graves.

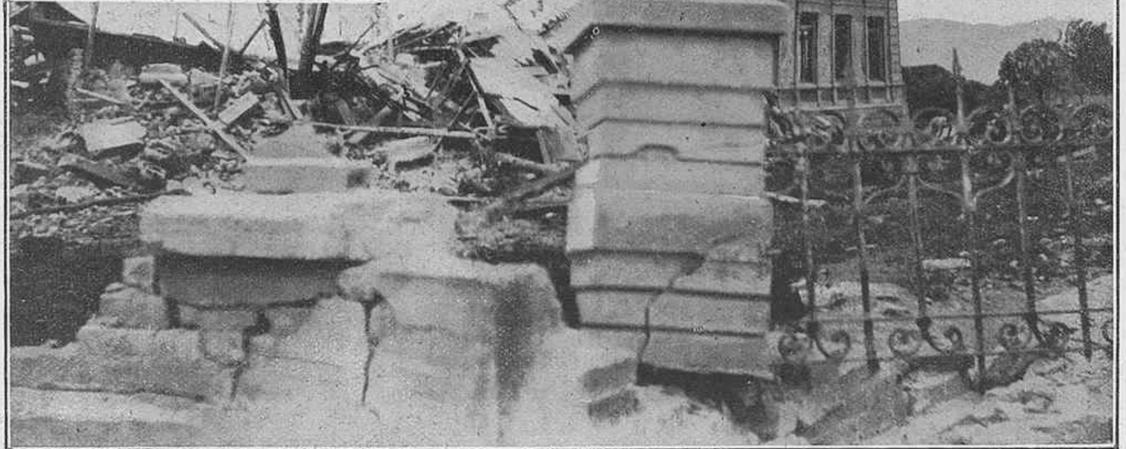
Cartago, distante 22 kilómetros de San José, capital de Costa Rica, es una de las ciudades más antiguas de la América central, pues existía ya en 1522 y era residencia de los gobernadores de la provincia. En 1823 contaba 30.000 habitantes y era capital de la república; pero á consecuencia de las luchas intestinas perdió su supremacía y la capitalidad se trasladó á San José. Su decadencia aumentó después del terremoto de 1841, pero poco á poco había ido reponiéndose y estaba en vías de recobrar su antigua importancia, á lo que habían contribuído poderosamente, de una parte, su excelente clima y sus buenas condiciones higiénicas, que atraían anualmente á muchos americanos del canal de Panamá, y de otra, la laboriosidad y el carácter emprendedor de sus habitantes.

Esta es la tercera vez que Cartago ha sido destruída por un terremoto, pero nunca el número de muertos había sido tan grande como ahora.

Trátase al presente de reconstruir la ciudad de madera y en un estilo moderno, con grandes jardines á su alrededor y de modo que sea una población de lujo, á lo que se presta perfectamente su situación excepcional.

Las adjuntas vistas permiten formarse cabal idea de la violencia del terremoto, que además se ha dejado sentir, bien que no con tanta intensidad, en la capital, San José, en Paraiso, pueblo de 3.000 habitantes, y en otras muchas aldeas de las inmediaciones de Cartago.

Las pérdidas materiales ocasionadas por el terremoto son difíciles de calcular; créese, sin embargo, que no bajarán de cien millones de francos.



Vista del Palacio de la Paz Centro-americana, destruído por el terremoto
Este edificio, recientemente terminado, había sido construído con el donativo de 500 000 francos hecho por el multimillonario yanqui Mr. Carnegie. (De fotografías de World's Graphic Press.)

LA EXPEDICIÓN ANTÁRTICA DEL CAPITÁN SCOTT

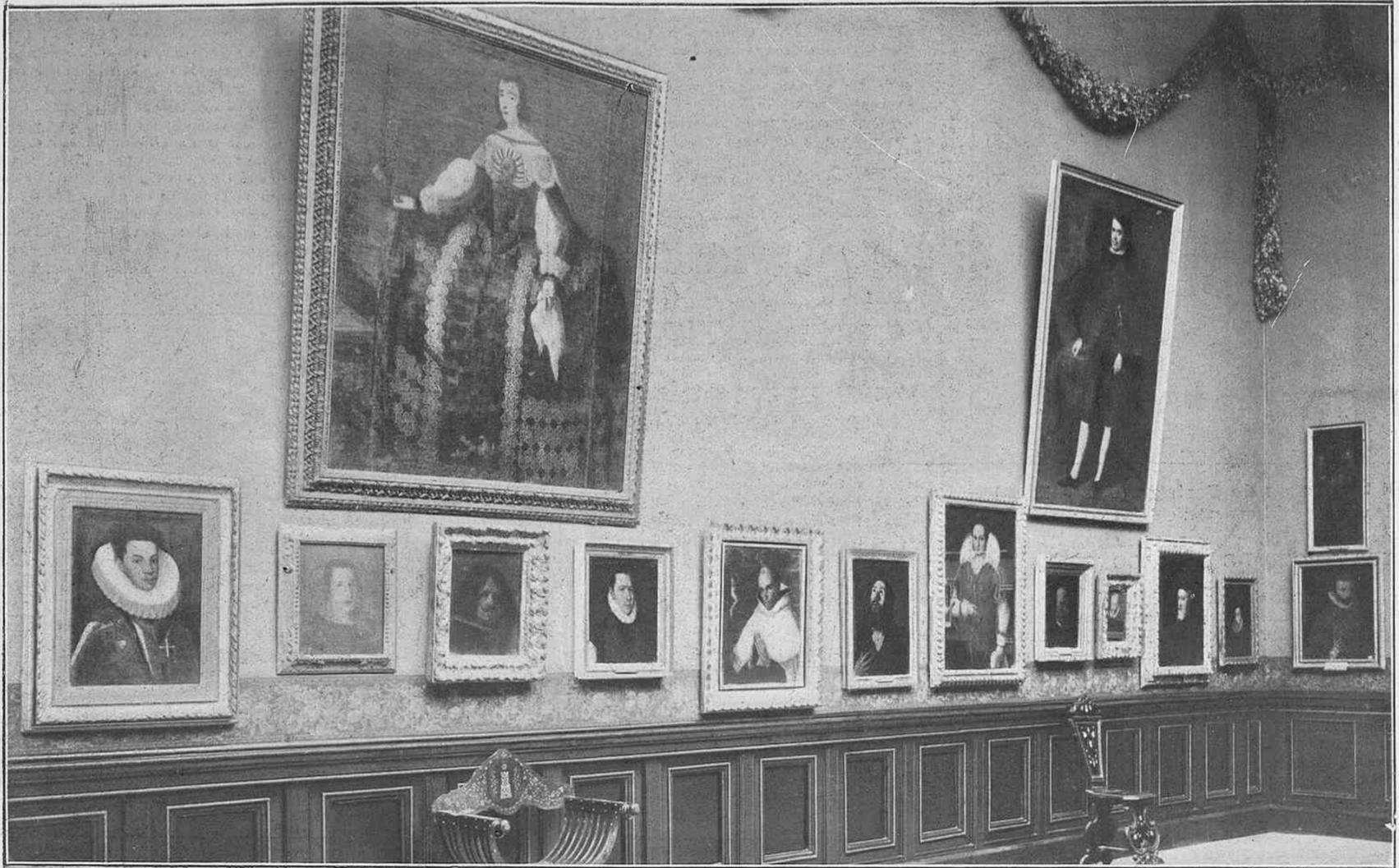
El día 1.º de este mes, dos días después de la llegada de la expedición Charcot á Europa, hecho del que nos ocupamos en otro lugar de este número, salió de Londres otra expedición, también al polo Sur, mandada por el capitán Scott, el compañero del teniente Shackleton, que el año último hizo su famoso viaje explorador al corazón del Antártico. A las órdenes del capitán Scott van los Sres. Levick, notable cirujano y zoólogo, Pontins, experto fotógrafo, Lillie, biólogo, Gran, jefe de la sección de trineos, el teniente Pennell, magnetista y meteorólogo, el teniente Rennick, navegante de primer orden y el segundo Evans. Como jefe de la partida de exploradores que marchará por el Oriente va el distinguido teniente Campbell. El capitán Scott, en vista de las dificultades con que tropezó Sir Ernesto Shackleton, piensa dividir su expedición y dejar establecidos depósitos de víveres de donde volviendo algunos miembros de ella, los puedan llevar al grueso del cuerpo expedicionario. Los intentos del capitán Scott son llegar al Polo Sur en diciembre de 1911. El viaje tendrá tres fases: la primera, marcha desde la bahía de McMurdo á través de la Gran Barrera de Hielo: 380 millas de heladas planicies que cruzarán con ayuda de perros, caballos y trineos automóviles; la segunda, ascensión á los grandes ventisqueros de Beardmore,

que sólo será, probablemente, posible con perros ó caballos: 220 millas; y la tercera, cruce de la elevada Meseta, 11.000 pies de altura, teniendo siempre en contra fuerte viento Sur y temperaturas muy bajas: unas 260 millas. Por último al llegar al Polo Sur el capitán Scott con sus compañeros habrá recorrido unas 13.000 millas geográficas, distancia que separa al Polo Sur de Londres, de donde, como hemos dicho, salió el «Terra Nova» el miércoles de la pasada semana. Aunque los bríos de los expedicionarios son excelentes y el capitán Scott tiene tomadas todas las medidas que la ciencia y la experiencia dictan en este género de expediciones, todavía, atendidas las dificultades que presenta la última fase del viaje, el mismo explorador no se muestra muy seguro del triunfo. Así lo indicó el capitán Scott en la conferencia que sobre su expedición dió en la Royal Institution de Londres. — P.

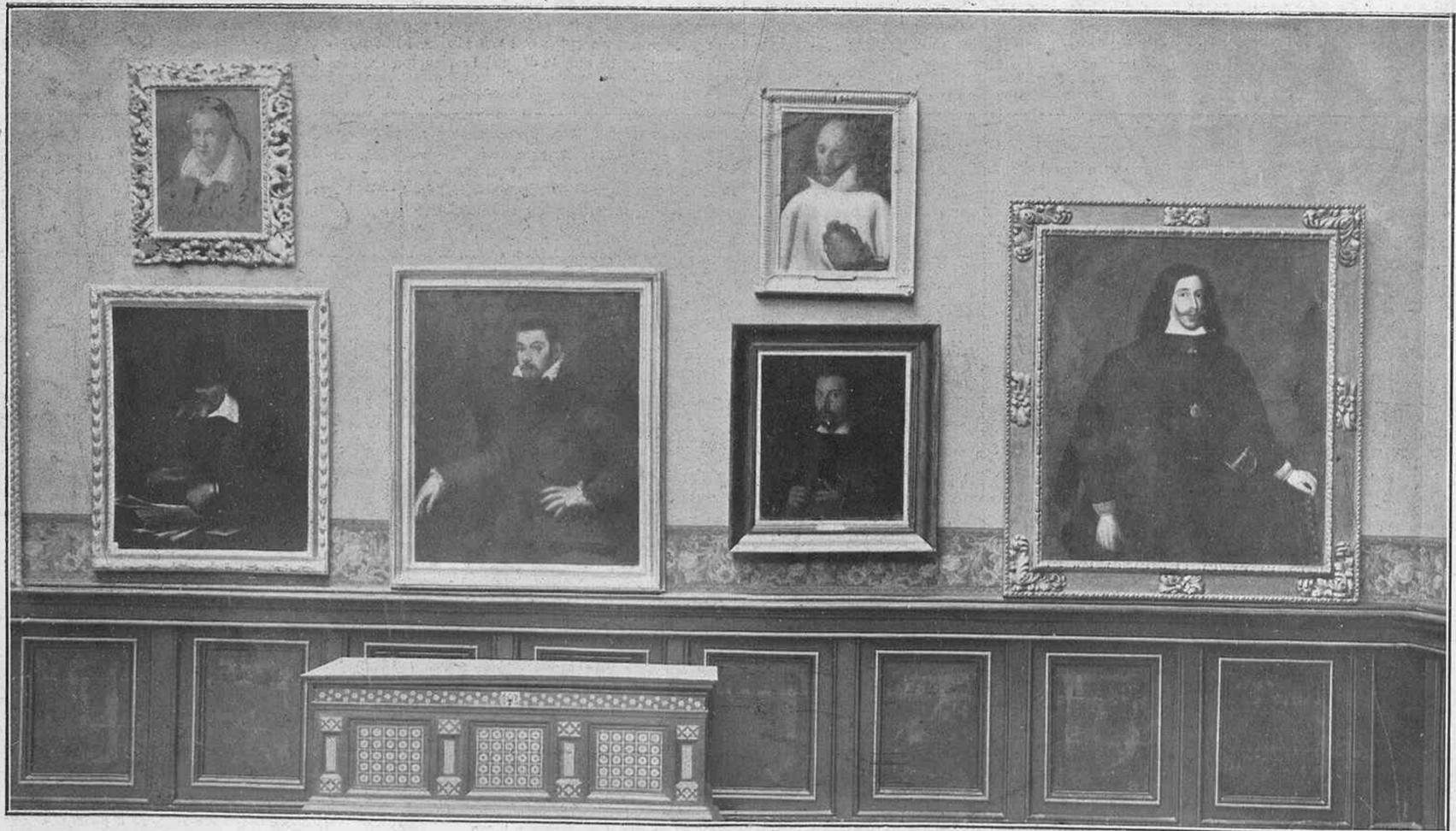


Expedición antártica del capitán Scott.—Lady Markham, esposa del almirante Markham, izando la bandera del buque Terra Nova, que ha de conducir al Polo Sur al capitán Scott (x) y á sus compañeros. (De fotografía de Carlos Trampus.)

(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti)



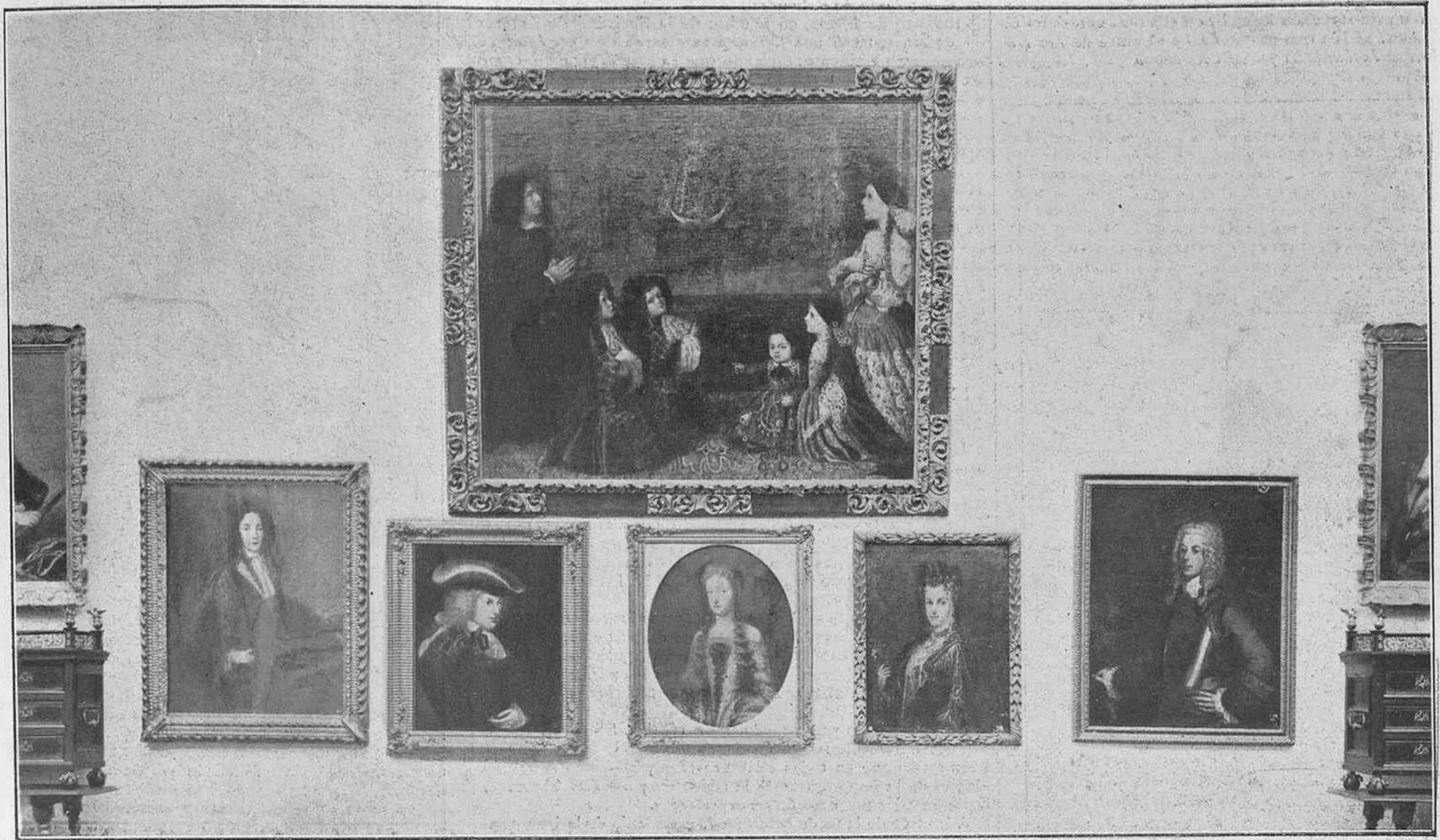
Sala 1.^a Siglos XVI y XVII.—Digna representación de aquel período en el que florecieron tantos ingenios, es la que asumen las obras que contiene esta sala, en cuyo sitio de honor figura el autorretrato de Velázquez, remitido por la Academia de Bellas Artes de San Carlos, al que acompañan, entre otros, los de Alfonso Sánchez Coello, Felipe II y Felipe III, por Pantoja, el autorretrato de Ribalta, el insigne pintor valenciano, el de D.^a Jacinta Bayatola, dama de María Ana de Austria, de autor anónimo, el del poeta Gaspar de Aguilar, por Ribalta, y el del P. Lagasca, pacificador del Perú, por Coello.



Sala 1.^a Siglos XVI y XVII.—Llaman asimismo la atención en esta sala el retrato del Caballero de la Cruz, obra de Tiziano Vecelio, el pintor predilecto de Carlos I y Felipe II; el del cardenal Quiroga, uno de los cinco que se conocen de aquel príncipe de la Iglesia pintados por el Greco; el de Eugenio Fernández, célebre escultor gallego; el de Valentín Díaz, el de Vercellino Olivazzi, por Moroni; el de Luis, conde de Nassau; el de un desconocido pintado por Murillo; y otros de damas, próceres y religiosos desconocidos y de autores anónimos.

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE RETRATOS Y DIBUJOS ANTIGUOS Y MODERNOS

(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



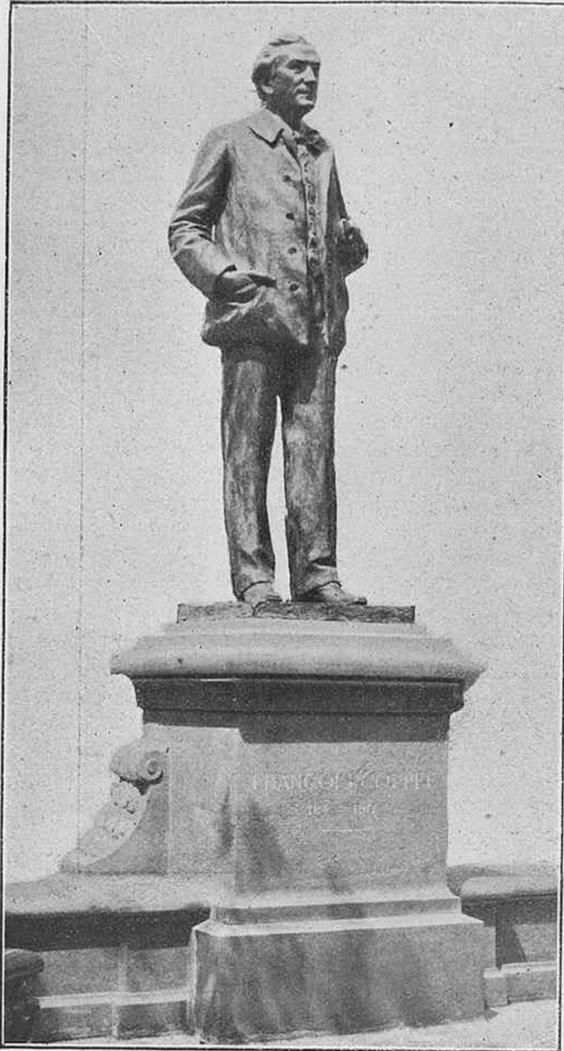
Sala 2.^a Siglos XVII y XVIII.—Interesante es la colección de retratos que figura en esta sala, muchos de ellos de personajes y de pintores desconocidos. Citaré entre los más notables el de Carlos II, pintado por Carreño de Miranda, uno de los discípulos de Pedro de las Cuevas; el de un militar de la época de Felipe V; el hermoso grupo de una familia orando, obra de Claudio Coello; el de señora atribuido á Nicolás Languilliere; el de una dama de la época de Luis XV, escuela francesa, y el de la señora de Lavalliere, obra de Nelscher.



Sala 2.^a Siglos XVII y XVIII.—Igualmente se admiran en esta sala el retrato de D.^a Ana de Austria, pintado por el citado Carreño de Miranda; el de D.^a Isabel de Farnesio, esposa de Felipe V, de autor desconocido; el autorretrato de Fray Juncoza; el de un cardenal, obra de Felipe de Champagne; el de una dama de la época de Luis XV, escuela francesa; el del archiduque Carlos de Austria, pretendiente á la corona de España, por Viladomat; el autorretrato de Rafael Mengs, y el de una dama de la época de Luis XVI, escuela francesa.

PARÍS. — MONUMENTO Á COPPÉE

El delicado poeta, el poeta parisiense por excelencia, tiene ya en París su monumento. Alzase éste en la plaza de San Francisco Javier y es obra de Andrés Chastenet quien ha representado á Coppée de pie sobre un sencillo pedestal, en actitud familiar, sonriente, y ha sabido no sólo dar á la piedra el parecido físico sino también infundir en ella esa expresión dulce, bondadosa, afable que caracterizaba al autor de *Los Humildes*, de *Las Intimidades* y de *El Relicario*.



París.—Monumento á Francisco Coppée, obra de Andrés Chastenet, inaugurado el día 5 de los corrientes. (De fotografía de World's Graphic Press.)

La inauguración del monumento se efectuó el día 5 de los corrientes ante un público numerosísimo. El ilustre poeta Juan Richepin, presidente del comité, hizo entrega del monumento, expresando, en maravillosos períodos, el amor que Coppée sintió por París. Otro poeta, Adriano Mithouard, consejero municipal, recibió el monumento en nombre de la ciudad de París, evocando el amor y el respeto que á Coppée profesaba la gente del pueblo con la que tanto gustaba de platicar familiarmente el poeta. Juan Aicard, en nombre de la Academia Francesa, ensalzó

un poeta arrastre, como arrastró Coppée, á las multitudes, á una patria, á una raza, á una humanidad, es preciso que haya amado, como él amó, á la humanidad, á la raza, á la patria, al pueblo que junto á él convivía.

Renato Doumic, presidente de la Sociedad de Literatos, describió en justísimas frases, la alta personalidad literaria de Coppée, de quien dijo que tenía todo el talento posible y, además, el talento de la bondad.

Roberto de Fleers, en nombre de la Sociedad de Autores Dramáticos, trazó una hermosa semblanza de Coppée como dramaturgo eminente, diciendo que su arte dramático, como su vida, contiene todos los sentimientos grandes y bellos, el amor y el respeto á la fe, la predilección por el heroísmo, la obediencia al deber, «á todos los deberes, á los más grandes porque son los más bellos, á los más pequeños porque son los más difíciles,» y finalmente el patriotismo.

El Sr. Noblemaire, presidente de la Asociación Valentin Haüy aportó á la memoria de Coppée el homenaje de los ciegos, de quienes fué amigo y bienhechor, y el Sr. Allouard el de todos los parisienses.

Pablo Deroulede, que presidía la ceremonia, pronunció un discurso fogoso, vibrante, ensalzando á Coppée como cristiano y patriota.

Terminó el acto con la lectura de una poesía de Coppée por la Sra. Second Weber y de otra de Jorge Druilhet, en honor del poeta, por Alberto Lambert, hijo.

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BRUSELAS
INAUGURACIÓN DE LAS SECCIONES FRANCESAS

La inauguración oficial de las secciones francesas de la Exposición Internacional de Bruselas efectuóse con gran solemnidad el día 4 de los corrientes. Para presidir la ceremonia habían llegado el día antes á la capital de Bélgica los miembros del gobierno francés, señores Dupuy, Ruau y Trouillot, ministros de Comercio, de Agricultura y de las Colonias respectivamente, quienes antes de proceder al acto inaugural quisieron hacer los honores de su sección á SS. MM. los reyes Alberto é Isabel de Bélgica.

A las nueve de la mañana presentáronse los soberanos quienes fueron recibidos por el ministro de Francia en Bélgica, señor Beau, por el comisario general de la Exposición Sr. Chapsal, por el burgomaestre de Bruselas, por los ministros franceses, por varios ministros belgas y por notables personalidades de ambos países.

Después de las presentaciones de rúbrica, SS. MM. visitaron detenidamente las instalaciones admirando la riqueza y el buen gusto que en todas ellas presiden y haciendo calurosos elogios de la importancia de la industria y del arte franceses, representados por unos 6.000 expositores.

A las tres de la tarde celebróse la ceremonia de la inauguración ante una concurrencia tan numerosa como distinguida, en la que tenían brillante representación los gobiernos de Francia y de Bélgica y las más altas entidades oficiales.

Pronunciaron elocuentes discursos los señores Chapsal, Dupuy, Hubert, ministro de la Industria y del Trabajo de Bélgica, y barón Jansens, presidente del Comité ejecutivo.

Por la noche se efectuó en la exposición un banquete de 600 cubiertos que fué presidido por los ministros señores Dupuy, Ruau y Trouillot.

PARÍS.—MONUMENTO Á PASTEUR

Con el sobrante de la subscripción pública que permitió levantar el glorioso monumento á Pasteur en las inmediaciones del Instituto de su nombre, ha podido erigirse en el jardín de la Escuela Normal, otro más modesto dedicado también á aquel sabio ilustre. Consiste en una sencilla estela con el busto de Pasteur, admirablemente modelado por Pablo Dubois; una balaustrada y un banco de piedra forman semicírculo alrededor de la estela. El conjunto es obra del arquitecto Girault.

El monumento se inauguró el día 5 del actual ante un público reducido y selecto; fué una fiesta íntima, á la que sólo asistieron la familia de Pasteur, los profesores y alumnos de la escuela y algunos amigos.

de Ciencias, hizo entrega del monumento poniendo de manifiesto el genio de Pasteur y la importancia y el valor perdurable de su obra. Ernesto Lavisse, el historiógrafo eminente y



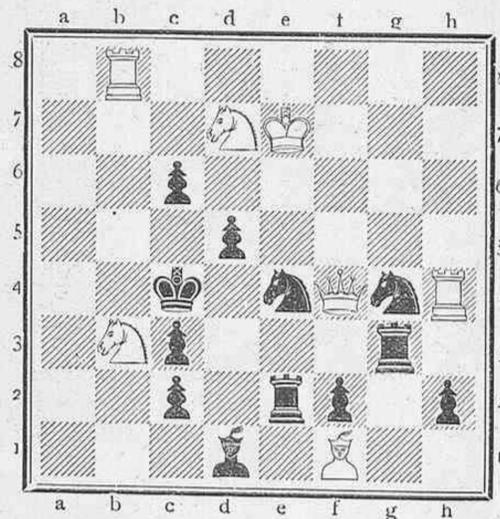
París.—Monumento á Pasteur erigido en el jardín de la Escuela Normal é inaugurado el día 5 de los corrientes. Obra del escultor Pablo Dubois y del arquitecto Girault. (De fotografía de World's Graphic Press.)

director de la Escuela Normal, dedujo las provechosas enseñanzas que contienen la vida, la idea y la obra de Pasteur, cada una de por sí y las tres en conjunto porque las tres se armonizan admirablemente. Pablo Tanneur, miembro del Instituto y subdirector de la escuela relató algunos recuerdos familiares que en ésta se conservan de Pasteur. Después de estos discursos, el ministro declaró terminado el acto.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 543, POR V. MARÍN

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (7-piezas)

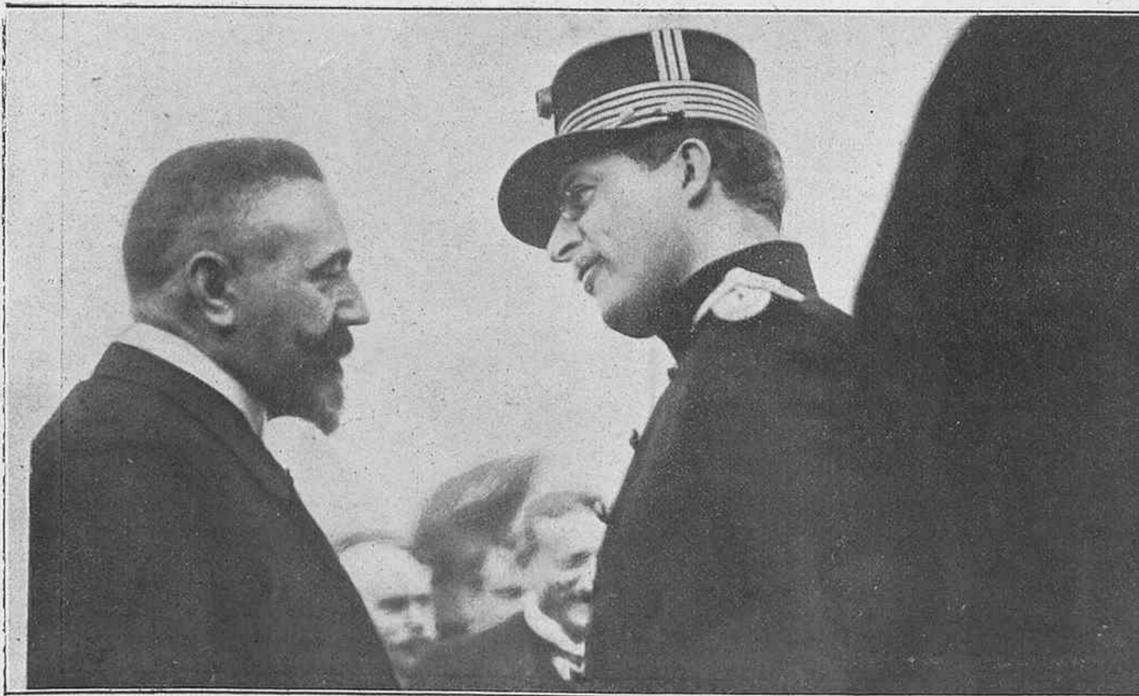
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 542, POR V. MARÍN

- | | |
|------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cc6-e7 | 1. e7-c5 |
| 2. Db5-e8 | 2. Cualquiera. |
| 3. C mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|--------------------|----------------------|
| 1..... Cf8xg6; | 2. Db5-f5, etc. |
| 1..... Ta3xc3; | 2. Db5-d5, etc. |
| 1..... Ta4-a5; | 2. Db5xc4, etc. |
| 1..... Otra jug.ª; | 2. Db5-d5 ó f5, etc. |



Exposición Internacional de Bruselas. Inauguración de la sección francesa. El rey de Bélgica conversando con el Sr. Chapsal, comisario general. (De fotografía de World's Graphic Press.)

«á nuestro poeta, á nuestro querido, á nuestro admirable Francisco Coppée, heroicamente cristiano, caballerescamente francés y en fin, tan sencillamente hombre,» y dijo que para que

El ministro de Instrucción Pública, que presidía la ceremonia, pronunció un corto discurso glorificando la memoria de Pasteur. El Sr. Darboux, secretario perpetuo de la Academia

MINNIE (I), NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS LICHTENBERGER

ILUSTRACIONES DE SIMONT (CONTINUACIÓN)

Un globo dirigible reemplazaría ventajosamente una carroza aérea. Y entre los prodigios que operan las varillas mágicas, hay muchos que poco tienen de extraordinario. Luego hay algo que contraría a Minnie y le impide entregarse enteramente á la emoción del relato. Cuando la madrina ha terminado el cuento, ella no deja nunca de preguntar: «Pero todo eso es inventado, ¿verdad, madrina?» Y la madrina, naturalmente, conviene en que es pura invención, y Minnie se queda algo contrariada.

Ya lo sabía ella que no hay animales que hablen, ni país de Jauja, ni brujos. Pero le desagradaba recibir la confirmación indiscutible y absoluta de ello. Siéntese humillada de haberse interesado, de haber estado quizá á punto de verter una lágrima oyendo una historia que no puede haber sucedido. A Minnie le gusta la ficción, pero es preciso que la ficción tenga su punto de partida en la realidad. Claro que no es verosímil que una niña como Minnie hubiese podido batir á Julio César ó salvar á Juana de Arco. Pero, en rigor, admitiendo cierto número de circunstancias, ello es concebible; no sería contrario á las leyes de la naturaleza... Mientras que es completamente imposible que el lobo hablase á Caperucita encarnada...

Por esto Minnie prefiere otras narraciones á los cuentos de hadas; sobre todo las que se refieren á la infancia de la madrina, que suscitan en ella una curiosidad apasionada. Se pasaría horas escuchando, á los pies de la narradora, con la boca entreabierta. ¡Pensar que la madrina, tan vieja, ha sido una niña como Minnie! Iba á los Campos Elíseos, que ya existían. Tenía muñecas y animales favoritos. Los caballeros y las damas de los retratos eran seres vivientes. Y la madrina tenía también una vieja madrina que á su vez tenía la suya. Minnie vislumbra el encadenamiento infinito de los hombres y de las generaciones. Siéntese solidaria de todas aquellas vidas. Con deliciosa emoción se halla suspendida de los labios de la anciana y revive con ella tantos episodios, cuyas peripecias son reales y verdaderas y revelan á Minnie el encanto profundo de la historia...

Un día dijo á la madrina: —Usted tuvo una hija. ¿Quiere usted contarme algo de ella?

De pronto, instintivamente, la madrina estuvo á punto de decir que no; pero luego, en un rincón de su memoria, vió surgir la faz marcial y bigotuda del hermoso angora gris que Clara Angélica quería con verdadera ternura y cuya pérdida tanto lloró. Y la vieja refirió la historia de Ratón. Después ha contado otras. Casi cada noche, la mimosa petición de Minnie se ha renovado: «¡Oh! Madrina, cuéntame algo más de Clara Angélica.» La madrina no ha podido decir nunca que no. Y así, poco á poco, entre la vieja y la niña, ha revivido toda la infancia de Clara, con sus alegrías y sus inquietudes, sus enfermedades, sus juegos y tantos detalles, casi olvidados de la propia madrina, y que resurgen de la sombra...

Minnie bebe las palabras de la madrina con toda la fuerza de atención que en ella existe... Se ha he-

cho decir todos los gustos de Clara Angélica, de qué color tenía los ojos y los cabellos, y cómo iba vestida. Para darle gusto, los dedos encorvados de

llamó Clara Angélica, ¿qué homenajes, qué pesares, qué coronas, qué ceremonias conmemorativas más conmovedoras y dignas de ella que el hecho de que

su imagen resucitada sea el lazo de unión entre la anciana inclinada sobre la tumba y Minnie, que se lanza á la vida, y haga que sus dos corazones se fundan en el recuerdo de la querida muerta?... Una noche, durante una pausa de la madrina, Minnie dijo con emoción, después de haber reflexionado: «Madrina, me asombra que seamos tan buenas amigas, á pesar de ser usted vieja; pero pienso que es porque las dos amamos tanto á Clara Angélica, ¿no es así?» La madrina no contestó en seguida, porque, precisamente, tenía un nudo en la garganta. Pero su voz clara no tardó en continuar el relato de la primera comunión de Clara Angélica. Y Minnie, emocionada y recogida, tomó parte en la ceremonia.

Hay noches en que la madrina está muy cansada y en que su tos crónica le impide hablar mucho. Entonces dice á Minnie: «Hoy te toca á ti. Cuéntame una historia.» Entonces Minnie piensa un momento, se reuerce un poco y, en voz grave, empieza. La heroína es siempre una niña que se le parece. Desde luego sus aventuras no tienen nada de extraordinario. Ofrecen analogías con los sucesos del día y de la víspera. Algunas de ellas constituyen á veces una crítica indirecta de observaciones injustificadas que han podido hacerse á Minnie, y Minnie observa de reojo el efecto producido... Pero poco á poco la relación se hace interesante. He aquí que los padres de Lucía y de Carolina se han arruinado. Y Carolina ó Lucía parte para los países cálidos.

¿Qué países cálidos? No se sabe á punto fijo. Participan del país radiante que dejó deslumbrados los ojos de Minnie, y de no sé qué regiones misteriosas, fecundas en prodigios y en espantos. Allí se ven negros en trajes de colores chillones, indios, piratas, serpientes, cocodrilos, frutos monstruosos y flores envenenadas. Lucía corre allí peligros increíbles de que su genio protector la salva sin cesar. Defiende á sus padres contra los antropófagos, hace prisioneros á unos bandidos y mata un león. A veces la madrina muestra un poco de escepticismo en sus exclamaciones. Pero Minnie se indigna, multiplica los detalles, adopta un aire de veracidad ofendida... La madrina concede: «Muy bien. Es la historia...» Minnie casi se enfada. Todo lo que ella cuenta lo sabe de Lucía y es la verdad... La madrina entonces se escandaliza un poco y se burla suavemente: «¡Vamos! Minnie, no puede decir eso ni en broma...» Minnie, al verla reír, no tiene más remedio que reírse también. Pero entonces su historia ya no la divierte y acaba en tonterías. Porque, cuando ella cuenta, no inventa nada: pretende crear cosas reales. No son ficciones, son seres vivientes que ella proyecta fuera de sí misma, y los ve y los toca. Y casi de buena fe se irrita cuando no quieren reconocerlo. Ella misma los quiere ó los odia... Así los primeros hombres



De reojo, sigue los movimientos de Minnie.

la anciana sacaron del cajón de un mueble antiguo una pequeña miniatura. Minnie la ha vuelto á pedir varias veces seguidas. Y ahora ve á Clara Angélica, la conoce, y de vez en cuando dice con fervor: «¡Cómo hubiéramos sido buenas amigas Clara Angélica y yo!»

Porque se entiende que Clara Angélica, que hoy tendría más de cuarenta años, es contemporánea de Minnie. Los años se borran y son suprimidos. Clara Angélica no es ya la figura dolorosa y lejana cuyo recuerdo desgarrador renueva sin cesar una llaga no cicatrizada, y cuyos rasgos, sin embargo, porque han transcurrido tantos años y la madrina ha envejecido, se esfuman, se atenúan, se hunden poco á poco en la marea lenta é inexorable del olvido. La vida que Minnie infunde en torno de ella es tan intensa, que á su contacto se produce el milagro de que la desaparecida parece acercarse y ser menos muerta. Clara Angélica no es ya un fantasma del otro mundo, un busto en un cuadro, un nombre sobre una tumba. Es una camarada de Minnie, una amiga, una hermanita lejana. Ayer, su recuerdo helado ya no se asociaba sino á las tristes ideas de sepulcro, de abnegación y de sacrificio. Ahora, la madrina la ve muy diferente, la ve tal cual era cuando nada de fúnebre entristecía su cara fresca como una rosa. Se parecía algo á Minnie por su alegría espontánea y el corazón franco y recto que latía en su pecho. Pero era de una hermosura más delicada, con gracias más finas y una vida menos exuberante... La madrina vierte dulces lágrimas, que son casi lágrimas de dicha. Para la criatura encantadora y virginal que se

(I) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la Société des gens de lettres y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

crearon los dioses y de tal modo fueron víctimas de su propia falsedad, que se convirtieron en esclavos suyos. Pero Minnie no será esclava de nada ni de nadie.

Ciertas tardes de lluvia se hacen algo pesadas. Temerosa de los resfriados, la madrina prohíbe que se salga cuando la acera está mojada. Después de haber dado vueltas sobre sí misma durante varias horas en la habitación cerrada, Minnie se siente cansada. Agotó las diversiones conocidas. La señorita Noemia tiene poca imaginación para inventar otras. No hay más libros de estampas interesantes, y Minnie está segura de que si leyese mucho tiempo le dolería la cabeza. Bobby, decididamente, es estúpido. Y es demasiado pronto para pedir una historia a la madrina. Entonces Minnie se acurruca en el fondo de un sillón en una actitud muy poco graciosa, y, cuando la madrina, asombrada del silencio que reina, viene a ver lo que pasa y pregunta por qué pone cara mohina, ella contesta en tono doliente, con más franqueza que urbanidad: «Es que me aburro.»

Por encima de sus espejuelos que ha conservado, la madrina trata de lanzar una mirada muy severa. Y, en un tono en que la sorpresa se mezcla con la reconvención, amonesta a Minnie: Una niña inteligente y bien educada no se aburre jamás. Nunca le pasó a la madrina cuando era pequeña. ¿De veras? Minnie le dirige una mirada escéptica. Tiene, al contrario, la convicción de que debían aburrirse constantemente y de un modo atroz en la época en que los viejos ásperos y sus compañeras eran seres de carne y hueso, en vez de dormitar inofensivos en sus cuadros... ¿Y Clara Angélica, no se aburría?—No, parece que Clara Angélica tampoco se aburría nunca.—¿Cómo hacía para no aburrirse?—Desde luego, trabajaba mucho más que Minnie; leía mucho más tiempo, tenía amiguitas...

La madrina ha soltado una palabra imprudente. Apenas pronunciada, quisiera retirarla. Pero Minnie ya la ha cogido. ¡Ah! Si Minnie tuviese amigos, no se aburriría. En Burdeos, donde tenía muchos, no se aburría nunca. ¿Por qué no los tiene aquí? La madrina maldijo su ligereza. ¡Pobre Minnie!, es que tiene razón. Ni la ternura, ni los cuidados, ni toda la buena voluntad de la señorita Noemia pueden reemplazar a los pequeños camaradas que le faltan. La madrina se siente culpable. Trata de justificarse. El caso es que no conoce ningún niño... Pero Minnie replica en tono perentorio.

—¿Y los pequeños Peborde? Estoy segura de que me divertiría mucho con ellos.

¡Los pequeños Peborde! Que el solo nombre de esa gente haya sido pronunciado en su salón es ya para la madrina un sufrimiento, un principio de sacrilegio. Pero que Minnie pueda tener por compañeros de juegos a esos desgraciados es una suposición tan escandalosa que no se la puede considerar un segundo a sangre fría. Con un acento de decisión que no ha tenido nunca hablando a Minnie, la madrina declara:

—Es inútil que insistas en querer jugar con esos niños; es imposible.

Minnie se calla durante cinco minutos. Esta decisión tan formal, y, más que la decisión misma, la manera algo imperiosa con que ha sido pronunciada, la ha sorprendido pero sin desalentarla. Tiene la intención de la diplomacia ó de la estrategia. Hay resistencias que no se atacan de frente y posiciones que no se toman a viva fuerza. Se tantea al adversario con maniobras indirectas y se gana terreno con aproches. Minnie besa a la madrina, le pide tela para un vestido de muñeca, y se sienta a coser graciosamente a su lado. A la madrina le enternece tanta compunción. Al cabo de un momento, y con la mayor naturalidad del mundo, Minnie formula esta observación:

—¿Sabéis que hay tres niños arriba? Les he encontrado muchas veces en la escalera. El mayor es un muchacho. Es un poco más grande que yo.

No hay nada reprehensible en este lenguaje. Minnie no ha insistido. No ha pedido nada. Se ha limitado a señalar un hecho. Y la madrina le ha manifestado con frecuencia el deseo de ser tenida al corriente de todos sus pensamientos. Por consiguiente no puede ofenderse. Cometería una falta si no sostuviese la conversación. No tiene más remedio que contestar.

Pero se limita a decir: «¡Ah!», en un tono que no tiene nada de estimulante.

Minnie sabe contentarse con poco. Considera el primer paso dado y continúa:

—Hay también una niña, y un chiquitín. El mayor se llama Maximiliano.

¡Maximiliano!, el labio de la madrina hace un gesto de ironía despreciativa. ¿Maximiliano? ¡sin duda en honor de Robespierre! ¿Pero cómo sabe Minnie su nombre? ¿Ha hablado con él?

¡Oh!, no, de seguro que no, puesto que la madrina se lo tiene prohibido. Solamente hace un pequeño movimiento de cabeza cuando los encuentra en la escalera, para que no digan que es descortés. Pero una vez la criada gritó: «¡Señorito Maximiliano!» Ordinariamente, sólo le llaman Max. Y su hermana se llama Sofía. Es más bien nombre de vieja, ¿verdad?

—No me gusta nada, pero el chiquitín es muy simpático. Creo que se llama Luis. Pero siempre le llaman Lulú. El otro día tenía dolor de vientre.

La madrina se muerde los labios. Sufre de tener que oír todas aquellas comunicaciones. El estado de las entrañas de Lulú Peborde le es del todo indiferente. Trata de cambiar de conversación. Pero Minnie, sobre todo cuando se desearía lo contrario, es persistente en el encadenamiento de sus ideas, y continúa con un pequeño aire de candidez:

—¿Es tener poca suerte, verdad, que yo no pueda jugar con esos chicos Peborde?

¡Otra vez ese nombre! La madrina tiene una contracción involuntaria de la barba. Minnie comprende que sería inconveniente insistir para obtener una contestación. Pero su espíritu positivo y curioso necesitaría claridad. Así es que se interpela a sí misma a media voz, de modo que la madrina pueda oírla bien:

—Si al menos pudiese yo saber por qué no debo jugar con esos niños, estaría satisfecha.

La madrina calla un momento. Hay que evitar el entristecer prematuramente a las almas tiernas dejándoles entrever ciertos abismos del error humano. Por otra parte, no sería fácil hacer comprender exactamente a Minnie todas las abominaciones de la política radical socialista. Quizá no la escandalizaría bastante, ó también, dialéctica consumada, sometería a discusión el procedimiento por el cual la madrina parece hacer solidarios de dicha política a los jóvenes Peborde y sacaría consecuencias lamentables acerca de su frecuentación. Después de reflexionar, la madrina adopta un tono majestuoso y, como acostumbra hacer los gobiernos siempre que es incómodo revelar al público los motivos precisos de sus actos, invoca la razón de Estado y apela al sentimiento. Minnie no puede jugar con los chicos Peborde. Para prohibírselo, la madrina tiene razones graves que sólo pueden comprender las personas mayores. Minnie sabe que a la madrina no le gusta decir que no. No insistirá a fin de no causarle pena. Que no se hable más de los niños Peborde.

Nunca tuvo la madrina un acento más solemne. Semejante declaración ha impresionado a Minnie, la cual balbucea a media voz:

—Pero si me saludan en la escalera, yo sin embargo no debo..., yo no debo...

Dice esto con un aire tan lamentable, que la anciana se siente llena de remordimientos y de compasión. ¡Pobre niña! ¡Tan joven y que ya tenga que sufrir a causa de las divisiones de los hombres! Sin embargo es imposible ceder. La madrina anuncia un principio decisivo.

—No se trata de ser descortés. Naturalmente, cuando os encontréis, podéis saludaros. Pero no quiero que te relaciones con esos niños.

La cosa va mejor. La madrina ha recobrado su buena cara. Minnie no se relacionará con los pequeños Peborde; convenido. Pero si la casualidad los junta, no le está prohibido saludarlos. Es un primer paso. El rostro de Minnie se alegra. La niña pone de lado su labor y propone:

—¿Si yo probase de poner a Bobby un delantal de mi muñeca grande? El será mi camarada, puesto que no tengo otro.

La madrina no tiene el valor de decir otra vez que no. Bobby pagará la firmeza de la anciana. Él también es una víctima indirecta de las pasiones anticlericales.

IV

Todas las mañanas a las once menos cuarto, a menos de que haga mal tiempo, Minnie da un paseo a pie con la señorita Noemia. Es una regla establecida por la madrina, a quien le gusta el orden y la disciplina en todo. Minnie es menos amante de esto que la vieja, sobre todo cuando no es su fantasía la que dicta su aplicación. Así es que más de una vez se ha retrasado. Sólo hace algunos días que es muy puntual, tan puntual que hoy es ella la que ha preguntado si no era hora de vestirse. Antes echó pestes, en diferentes ocasiones, con alguna acrimonia, contra la poca variedad de los itinerarios y la fealdad de los sitios que rodean la calle de Varennes. Pero, ahora, le satisfacen por completo, tanto que, desechando toda modificación, se muestra encantada de dar todos los días el mismo paseo. Siguen la calle hasta la explanada de los Inválidos por la acera derecha. Luego tuercen a la izquierda y van hasta un peque-

ño jardín contiguo al hotel. Allí, la señorita Noemia es invitada a tomar una silla y sentarse, mientras Minnie jugará con el casquijo.

¿Por qué esa puntualidad en Minnie tan propensa a infringir las consignas? ¿Por qué esa regularidad en Minnie tan ávida de cambio y novedad? La madrina se congratula de los progresos del espíritu de disciplina en su pupila, y los atribuye en gran parte a su propia influencia. La madrina no es buena observadora y su error es profundo. La razón principal del desarrollo de esas virtudes en Minnie es otra. Reside principalmente en estos dos hechos: 1.º el itinerario que ha escogido pasa por delante del colegio Vornage; 2.º la salida de los alumnos del colegio Vornage se efectúa a las once.

El colegio Vornage, situado en el número 64 bis de la calle de Varennes, tiene por objeto preparar los muchachos de ambos sexos para el Instituto, inculcándoles de paso los primeros principios de una educación estrictamente laica y democrática. El señor Vornage es hermano del concejal radical socialista de Grenelle, y autor del *Manual del ciudadano*, con un prólogo de M. Fernando Buisson; obra honrada con una subscripción del ministerio de Instrucción pública. Casóse civilmente con la señorita Archimbaud, hija del proscrito de la Commune, socio suyo en su obra pedagógica. Estos títulos explican suficientemente por qué el diputado Peborde ha confiado al colegio Vornage la misión de formar la inteligencia y el carácter de su hijo Maximiliano y de su hija Sofía. Todas las mañanas, al ir a la compra, la cocinera los deja, a las nueve, a la puerta del colegio. A las once, la joven que a su cargo de niñera reúne el de camarera de la señora Peborde, va a buscarlos, escoltada de Lulú. Y a fin de que al ejercicio cerebral siga el recreo necesario, los lleva al jardincito de los Inválidos cuyas condiciones higiénicas son excelentes y en que pueden seguirse interesantes estudios comparados entre la galantería de los jóvenes militares pertenecientes a distintas armas y la de viejos inválidos que, con algún verdor, han conservado las tradiciones caballerescas de la antigua Francia.

Sucede, pues, casi diariamente que Minnie y la señorita Noemia pasan delante de Lulú y de su criada en la escalera ó en la calle; que las siluetas de sus hermanos se dibujan a la puerta del colegio en el momento en que Minnie lo deja a su derecha, y, en fin, que poco después, Minnie por un lado, y los jóvenes Peborde, por otro, vuelven a encontrarse en el jardincito y se entregan, durante una hora a variados juegos, únicamente separados por un intervalo de algunos metros. Es imposible que de semejantes coincidencias no resulte algo...

¡Oh!, no vayan ustedes a figurarse que Minnie, olvidada de sus promesas y de las órdenes de la madrina, haya estrechado culpables lazos con sus vecinos. No se propone «relacionarse con ellos»; es cosa convenida. Pero, según los principios de la neutralidad formulados por la madrina, le está permitido saludarlos al pasar, y nunca le han prohibido mirarlos.

Por consiguiente, cada mañana, Minnie mira a los pequeños Peborde. Y los pequeños Peborde miran a Minnie.

Al principio, Minnie se entregó a aquel examen con alguna aprensión. El anatema lanzado por la madrina sobre «aquella gente», algunas frases evasivas pero inquietantes escapadas a la señorita Noemia en contestación a reiteradas preguntas; ciertas declaraciones categóricas formuladas por Orasia, la incitaron a no acercarse mucho a los miembros de una familia en que cada día «se come cura.» Esta última expresión, entendida primitivamente en su sentido literal, había inspirado a Minnie un temor saludable que, desgraciadamente, disminuyó mucho el día en que la verdadera significación le fué revelada. A partir de aquel momento, ha procedido a sus observaciones con mucha mayor libertad de espíritu. Y, ahora, se halla en estado de formular un juicio motivado sobre todos los rasgos característicos, cualidades y defectos de la progenitura del representante del pueblo.

Sofía Peborde, hay que reconocerlo, es una pécora. Así la calificó Orasia y Minnie está conforme. ¿Es a causa del desprecio ultrajante que profesa en sus discursos la señora Peborde respecto a «la vieja beata del primero?» ¿Es a causa de las enseñanzas igualitarias del colegio Vornage? Lo cierto es que Sofía Peborde pone su amor propio en eximirse, con su contemporánea, del prejuicio aristocrático de la cortesía y en manifestarle un desdén sin límites. Y lo consigue principalmente sacando la lengua a Minnie cuando la encuentra en la escalera, empujándola, si a mano viene, sin que parezca que lo hace expresamente, y declarando en alta voz, durante las estaciones en el jardín, que le causan horror las bobaliconas que miran a los demás como si fuesen anima-

es raros. De hecho, Sofía Peborde no es un animal raro. Es simplemente una niña flacucha, seca, algo abortada, de color terroso, de ojos redondos y pequeños, que necesitaría otro aire que el de París, y otros cuidados que los que la señora Peborde encuentra difícilmente el tiempo de darle entre sus estaciones en varios entresuelitos, y todas las demás obligaciones que se imponen a una parisiense del Alto Ariego.

Sofía Peborde tiene la misma edad que Minnie, pero es mucho más baja de estatura, y la envidia con toda su acritud de criatura enfermiza y oprimida. Las mejillas rollizas y rosadas de Minnie son un insulto a su cutis pálido. Hasta los vestidos sencillísimos, pero bien cortados, de Minnie, humillan los guñapos complicados que a veces la señora Peborde saca para ella de oropelos fuera de uso. Cada vez que ve a Minnie, Sofía Peborde tiene para ella un epíteto mal sonante. Pero no cesa de mirarla a hurtadillas y quizá, en el fondo de sí misma, abriga la solapada esperanza de que algún día la casualidad las reunirá, dándole pretexto para humillarla o aborrecerla aún más.

Los sentimientos que la niña del primero inspira al tocayo de Robespierre son bastante diferentes. Max tiene un año más que Minnie, pero apenas es más alto que ella. Es un chico delgado y débil, de facciones bastante finas, pero irregulares, y boca nerviosa; sería casi feo si no tuviese unos admirables ojos negros, parecidos a los de que tanto sabe servirse su madre, pero mucho más hermosos, porque él no se sirve de ellos sino para mirar la vida, que ya le asombra y a menudo le oprime. Se abrieron bajo el hermoso sol del Mediodía, menos brillante que el de los trópicos, pero que, sin embargo, no se parece al pálido sol de París. Empezó a flotar en ellos una sombra el día en que los muros grises de la capital y su cielo indeciso se reflejaron en su cristal. Desde entonces han visto muchas cosas. Han visto el colegio Vornage, los profesores pedantes y melancólicos, los camaradas díscolos que se burlan del acento meridional. En la sombría habitación, observan, atentos y mudos, al diputado Peborde que perora constantemente sobre los derechos del hombre, y a la señora de Peborde que, con colorete en los labios y los cabellos teñidos de alheña, reclama agriamente las localidades que el subsecretario de Bellas Artes debía enviar para la Opera. Durante largas tardes, llenas de tristeza, contemplan, pensativos, el suelo fangoso, los tejados húmedos, los humos que vuelan, las nubes que pasan. A través de la bruma parisiense, diríase que aspiran a otra cosa que necesitarían: espacio, cielo azul, claridad brillante, alegría, amor, belleza...

Un día Max volvía del colegio Vornage, con el corazón pesado, el espíritu decaído, las piernas poco firmes, el alma desconcertada. Y mientras subía lentamente la escalera, oyó de pronto una carcajada tan fresca y alegre, que le hizo estremecer; y vio bajar a su encuentro una pequeña hada rubia y rosada, que triscaba como un pájaro parlero... En seguida bajó sus ojos negros. Pero ya estaban llenos de Minnie. Max se arrimó a la pared, y con cierto encogimiento, aunque con amabilidad, se quitó la gorra. Minnie contestó con una ligera inclinación de cabeza. Y la misma madrina notó al pasar el rostro pálido del chico.

Desde aquel día, cada noche, al dormirse, Max se pregunta: «¿Veré mañana a la niña de abajo?» Al despertar, es su primer pensamiento. Le persigue cuando va a la escuela, le asalta en el banco sucio en que está sentado delante de su pupitre manchado de tinta. Su atención vuela. Le preguntan y no oye. Le riñen, le castigan, ¿qué importa? No escucha los reproches, permanece indiferente a las amenazas, no acecha más que una cosa: la hora de salir. Por fin llega. No escucha a Sofía que le hace preguntas, la arrastra, la empuja, sale a la calle y apenas saluda a Lulú... Sus miradas ansiosas se dirigen a derecha e izquierda, a la acera de enfrente. Un suspiro hinche su pecho, sus facciones se animan; él y Minnie se han reconocido mutuamente. Él la saluda. Ella le devuelve el saludo graciosamente. Él siente que palidece y se avergüenza. Su corazón palpita tan fuerte, que le duele deliciosamente. Al llegar al jardín, coge un libro y hace como que juega con Lulú. Pero no tiene más que una idea. De reojo, sigue los movimientos de Minnie, y admira la gracia de sus gestos. Su risa sonora le acaricia el oído. Mientras ella juega con la arena, él la contempla a hurtadillas con apasionada avidez. Su imaginación exaltada construye extraordinarias novelas. El salva a la rubita de un incendio. Él la lleva en brazos y la estrecha contra su seno... Pero no se atreve siquiera a levantarse del banco en que está sentado ni acercarse a ella. Tiene a intuición de los odios de clases y presente, sin

haberlas medido, las distancias que ponen entre él y la nieta de la vieja beata del primero...

Pero Lulú está menos al corriente de las pasiones contemporáneas. Lulú es un niño regordete, mofletudo, alegre, que no busca tres pies al gato. El otro día, bajando la escalera, resbaló, perdió el equilibrio y fué a caer entre las piernas de Minnie. Antes de que él tuviese tiempo de llorar, Minnie lo había levantado y le había puesto en la boca un dulce sacado no se sabe de dónde. Desde entonces, Lulú está enamorado de Minnie. Como las divisiones políticas y sociales le tienen completamente sin cuidado, apenas ve a Minnie de lejos, la llama y le hace señas. Y por discreta que sea la contestación, se siente alentado. El terror que le inspira la señora Pájara (es el vocablo bajo el cual la señorita Noemia es conocida en la familia Peborde) no basta a retenerlo. Aprovechando la conversación de Alicia con algún soldado franco de servicio, dirige a Minnie sonrisas y pantomimas amistosas. Y cuando se decide a obedecer a las prescripciones imperiosas de la niñera vuelta al sentimiento del deber, no lo hace sin haber ofrecido a su amiga una hermosa hoja verde ó una piedrecita blanca cuidadosamente escogida. Y con frecuencia vuelve con un presente de valor superior; una estampita, una bola ó una golosina. El otro día, Sofía, pretextando que quizá estaría envenenada, quiso hacerle tirar una pastilla de chocolate, así obtenida; Lulú puso el grito en el cielo; Max intervino y le dió la razón, diciendo a su hermana que era una gansa... De reojo Minnie siguió la escena.

Así, entre Minnie y los pequeños Peborde, se urde poco a poco una trama cuyos hilos, al principio invisibles, se estrechan cada vez más. De día en día, se multiplican las miradas, pierden su temor las sonrisas, y Lulú se vuelve más osado. Todo esto no puede conducir más que a una catástrofe. ¿Cómo la señorita Noemia no pone atención y no corta por lo sano una situación tan peligrosa?

¡Ay!, es que la señorita Noemia pertenece a la raza de esos políticos que, sin desconocer sus propias debilidades, estiman que los abusos que toleran durarán tanto como ellos mismos. Su conciencia vacila cruelmente. Claro está que tiene el deber de evitar aquel contacto. La señorita Noemia ha procurado conseguirlo, sugiriendo a Minnie otros sitios de recreo y paseos distintos. Pero Minnie los ha rehusado terminantemente. Ha dicho: «La madrina no me ha prohibido ir al jardín de los Inválidos. Yo quiero ir al jardín de los Inválidos.» Esto es cierto. No hay nada que contestar. La madrina tampoco ha dicho que huya de los pequeños Peborde. Únicamente recomendó a Minnie que no se relacionase con ellos. Se les puede saludar. Minnie está en su derecho, y la señorita Noemia no peca contra la letra de su mandato no poniendo un veto categórico al *modus vivendi* establecido. ¡Pero cómo desconoce el espíritu del mismo mandato, al ejercer su tolerancia!

Para descargar su conciencia, la señorita Noemia ha tratado de pedir a la madrina órdenes precisas. Pero la madrina le ha tapado la boca perentoriamente recordándole sus primeras instrucciones. La señorita Noemia ha recaído en sus perplejidades. Cuando contempla las facciones angulosas y la cara avinagrada de Sofía Peborde, se representa con fuerza las abominaciones de la política radical socialista. Pero los hermosos ojos de Max la enternecen. ¡Y ahora resulta que, en vez de sacarle la lengua como hacen muchos otros niños, Lulú dirige a la señora Pájara buenas sonrisas un poco tímidas aún, pero que sería cruel rechazar! ¡Y Minnie se pondría tan triste si le prohibiesen su paseo diario! Quizá dejaría en absoluto de querer a la señorita Noemia...

La señorita Noemia oscila entre las resoluciones más contradictorias, sin que ninguna sufra el más pequeño principio de ejecución... Los días pasan. Ella se entrega en manos de la Providencia, esperando que alguna circunstancia imprevista resolverá la crisis.

La circunstancia se produce, ¡pero cuán diferente de lo que la señorita Noemia esperaba!

Aquella mañana, como de costumbre, Minnie se ha instalado en el jardín, sentada en su silla de tejera, su aro abandonado a su lado, y al parecer consagra su tiempo al tocado y a la educación de su muñeca. Pero sus miradas se apartan de ésta a menudo para fijarse en los pequeños Peborde que juegan a quince pasos. Teniendo un negocio urgente que debatir con su primo el coracero, su criada ha tenido que dejarlos solos, recomendándoles que sean muy juiciosos; volverá por ellos dentro de un cuartito de hora...

El cuarto de hora se prolonga. Nadie se queja. Max tiene su gramática sobre las rodillas, pero la concordancia del nominativo con el verbo no retiene toda su atención. Sus ojos apenas se apartan del rostro de Minnie. Sofía atavía su muñeca, y, envidiosa,

la compara con la de Minnie, que es la más bonita. Lulú está entusiasmado con un maravilloso perrito de aguas de cartón color de rosa que el galante militar le ha regalado. Lo enseñó a Max y a Sofía. Pero su tributo de admiración no le basta. Quiere añadir el de Minnie. Precisamente la señora Pájara se halla muy distraída aquella mañana. Lulú Peborde, con el corazón palpitante, va a depositar su perrito sobre las rodillas de Minnie. Ésta le examina, le da vueltas, lanza interjecciones laudativas y luego hace seña a Lulú de que se vaya, designándole la señorita Noemia que va a verla. Lulú huye estrechando el perrito contra su pecho y va a contar su hazaña a Max que ha seguido la escena. Max se sonríe y alza los ojos que se encuentran con los de Minnie que le sonríen también... Lulú repite varias veces la misma maniobra sin llamar la atención de la señorita Noemia, a quien la lectura de su periódico absorbe extraordinariamente aquella mañana. Va de Max a Minnie y viceversa... La correspondencia empezada entre los ojos azules y los ojos negros continúa y se multiplica por su mediación. Cambianse discretas señales de inteligencia... La misma Sofía, curiosa, sigue aquellas maniobras.

Pero he aquí el drama. Con las manos en los bolsillos y una punta de cigarro en la boca, arrastrando algo los pies, un pálido golfo de unos doce años se acerca por la avenida del jardín. Se detiene delante de Lulú y de su perrito murmurando: «¡Ay, qué bes tihuela! No le vendrá mal a mi hermanito.» Coge deliberadamente del suelo el perrito color de rosa y se lo pone debajo del brazo. Sorprendido, Lulú se queda con la boca abierta. Pero Max ha visto el hurto. Se levanta de su banco é intima al ladrón que restituya su presa. El otro se encoge de hombros, se ríe en son de burla y dice en tono de amenaza: «¡Cállate la boca!» Max no se deja intimidar y protesta con más energía. Entonces, el pillete mira en torno suyo. Aparte de los niños, en el jardín no hay nadie más que la señorita Noemia, abismada en la lectura del periódico. Bruscamente, el malhechor da a Max una bofetada que hace caer su gorra. Max trata de contestar, pero el otro le hace la zancadilla, lo derriba al suelo y le pega con toda su fuerza. Sofía lanza gritos estridentes de terror y se cubre el rostro. Lulú da alaridos. Pero Minnie, pronta como un relámpago, ha cogido la baqueta del aro... Sin vacilar, se lanza sobre los combatientes y la emprende enérgicamente a palos en la cabeza y espaldas del agresor. Éste se levanta sorprendido y le da en la cara un formidable puñetazo que la hace oscilar. Mientras tanto, la señorita Noemia, que ha levantado la cabeza, acude desprovista dando gemidos. Varios transeuntes se han detenido, y un municipal se acerca en dos trancos.

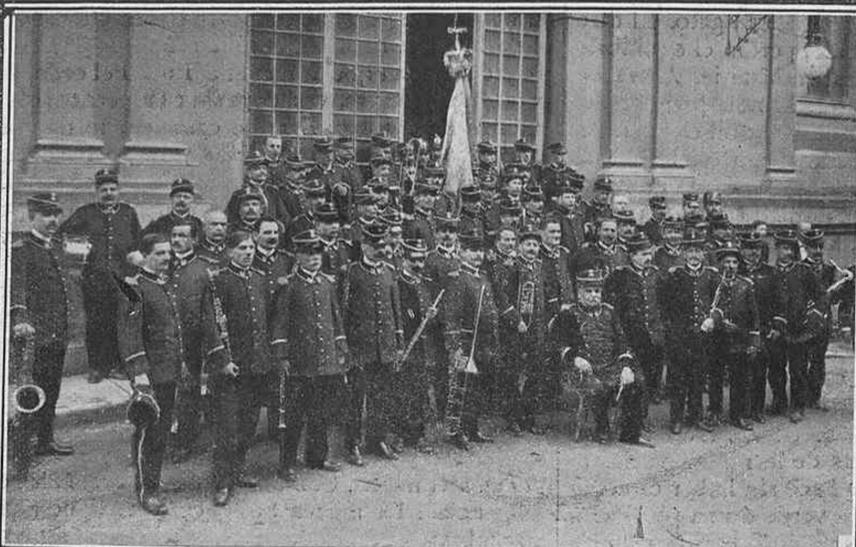
Con los dedos entumecidos, la madrina ha dejado estar su labor de punto, y sus pensamientos, como siempre, van hacia Minnie. ¡Pobre niña, que Mauricio le pintaba turbulenta, algo testaruda y a veces caprichosa! ¡Está probado que basta saber tratar a los niños para amoldar a nuestro gusto esas ceras blandas! ¡Cuán fácilmente adquieren, a costa de un poco de paciente firmeza, el sentimiento de la autoridad bienhechora y necesaria! ¡Cuán pronto se ha doblegado Minnie a una existencia que la madrina ha procurado hacerle agradable, es cierto, pero que es muy monótona para su edad! ¡Con qué sumisión espontánea ha renunciado al capricho un momento alarmante que le hizo desear la compañía de los chicos Peborde! ¡Pobre Minnie! Es lástima que no se puedan comprar en las tiendas amiguitos vivos, como muñecas parlantes ó caballos de movimiento. Porque su necesidad de relaciones es natural... ¡Lo malo sería que la soledad le pesase! La tristeza de la madrina sería muy grande, si la niña no estuviese contenta a su lado. Pero Minnie no parece estar triste. Ríe y charla todo el día. Por las noches, sin embargo, está a veces un poco ociosa...

De repente, la madrina se estremece. Sus ojos se han fijado en el reloj; ¡las doce y media! La señorita Noemia es de una puntualidad de cronómetro. ¿Cómo es que Minnie no ha vuelto? El terror lento y sempiterno se precisa: ¡Dios mío!, si un automóvil... La madrina se levanta para ir a mirar por el balcón... En aquel mismo instante se oye rechinar la cerradura del vestíbulo. Ella exhala un suspiro de alivio, cambia de dirección, abre la puerta para reñir suavemente a las retardadas y queda..., consternada ante el espectáculo que se ofrece a su vista.

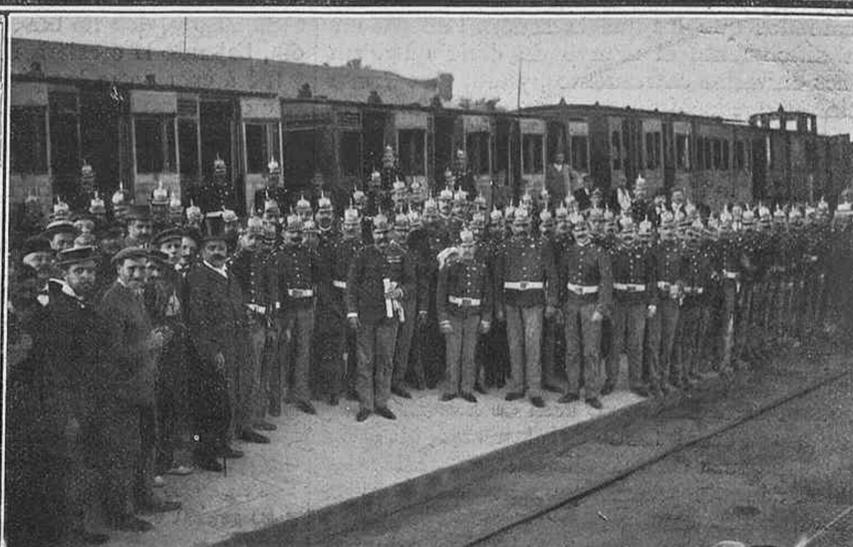
La señorita Noemia, pálida, hosca, con un gesto de idiotez en los labios y el sombrero ladeado, parece una estatua de la desgracia... A su lado Minnie se tapa la nariz con su pañuelo cubierto de sangre. Tiene un ojo acardenalado y media cara hinchada...

(Se continuará.)

BARCELONA.—FIESTAS DE PRIMAVERA



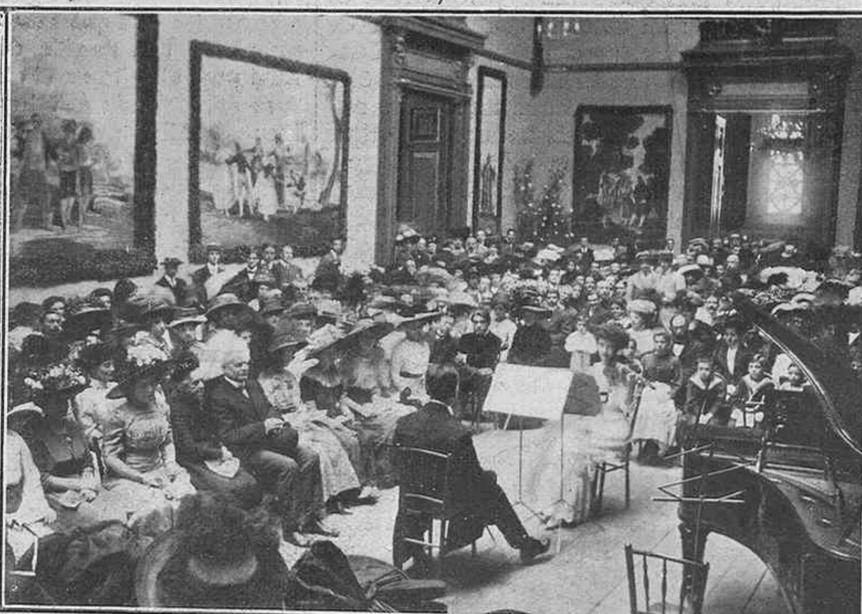
Banda municipal de Turin.



Banda municipal de Lisboa.



La banda municipal de Barcelona en la plaza de Cataluña.



Concierto de música de cámara en el Salón Reina Regente.



Reparto de premios á los alumnos de las escuelas municipales.—La presidencia.—Aspecto del salón.



Bailes regionales en la plaza de Cataluña.



La reina de las reinas de los mercados, acompañada de las demás reinas.

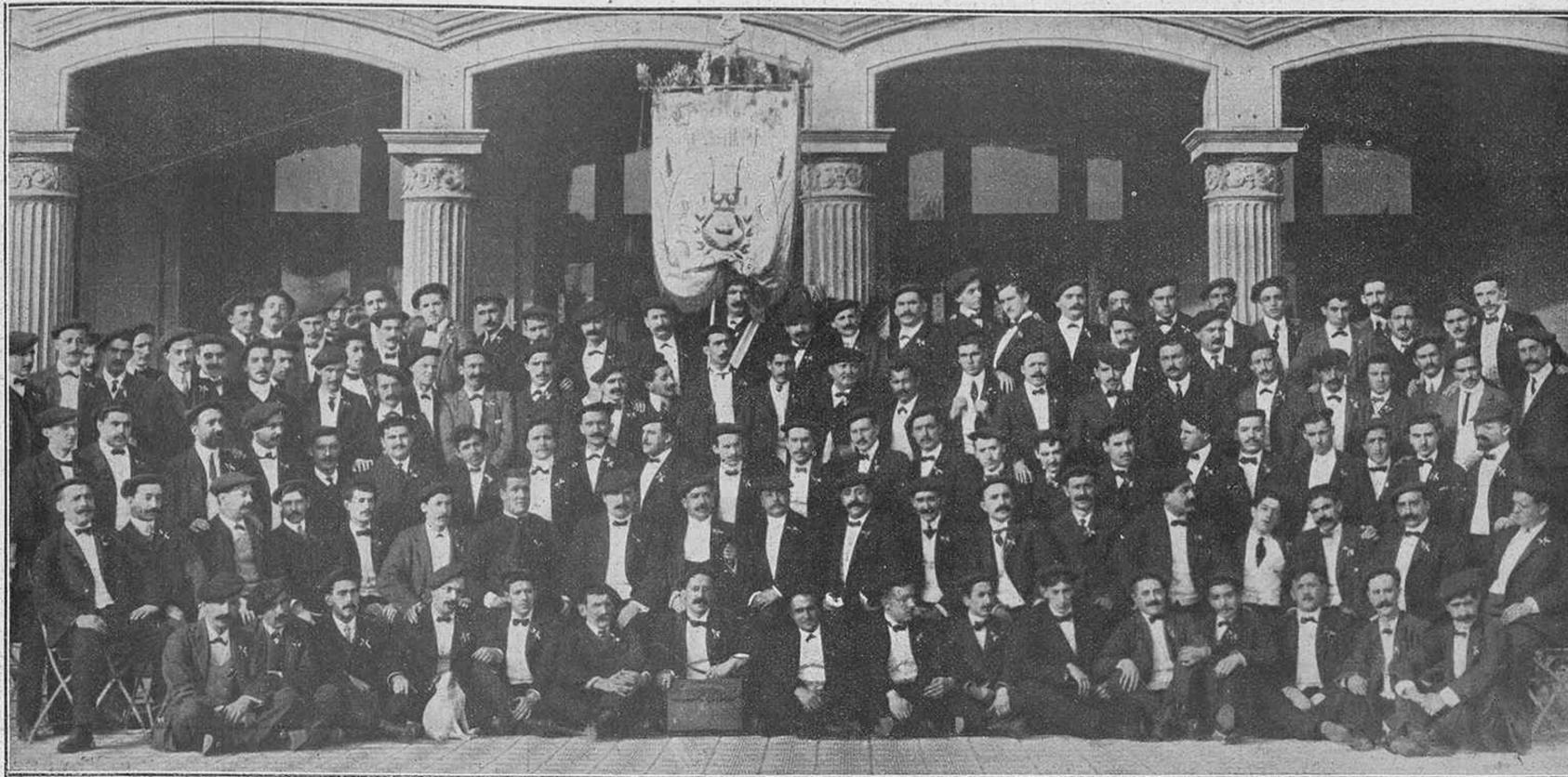
(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

BARCELONA. - FIESTAS DE PRIMAVERA

El Ayuntamiento barcelonés ha organizado las presentes «Fiestas de primavera,» señalando para la celebración de las

dente Sr. Peña y Gofi y el teniente de alcalde y el concejal de San Sebastián, señores Palomeque y Gavarini. Los conciertos que este orfeón ha dado en el *Palau de la Música Catalana* han sido magníficos y el público ha tributado grandes ovacio-

res Aranda (piano), Ribas (viola), Rabentós (violoncelo) y señorita de Aranda (violín); y reparto de premios á los alumnos de las escuelas municipales, acto solemne que presidió el delegado regio Dr. Batllés y Bertrán de Lis y al que concurren las



El orfeón donostiarra

mismos los meses de mayo y de junio. Aunque nuestra misión no es de crítica, séanos permitido decir que un período de dos meses resulta demasiado largo para estas cosas; y como en ninguna capital del mundo, ni en las que con mayores recursos cuentan, puede sostenerse el interés, ni siquiera la curiosidad, no ya de los forasteros pero ni aun de los propios ciudadanos, de aquí que á las actuales fiestas les haya faltado, por decirlo así, de intensidad, todo lo que les ha sobrado de extensión, abundando en ellas los espectáculos de importancia relativamente escasa, para una ciudad como Barcelona.

Hecha esta consideración, enumeraremos los principales festejos hasta ahora efectuados y á los que hacen referencia los grabados que publicamos en esta página y en la anterior.

Nos han honrado con su visita las bandas municipales de Turín, de Lisboa y de Valencia dirigidas respectivamente por los maestros Vaninetti, Taborda y Vega, que han dado escogidos conciertos en el Palacio de Bellas Artes y en la Plaza de Cataluña; y el notable Orfeón Donostiarra que dirige el maestro Esnaola y á quien acompañaban su presi-

nes á esa entidad musical que es, indudablemente, una de las mejores en su género.

autoridades y representantes de las principales corporaciones. En la plaza de Cataluña, han atraído numeroso público las sesiones de bailes regionales y los conciertos de nuestra aplaudida banda municipal.

Los mercados han celebrado numerosos festejos y nombrado sus respectivas reinas, que han sido: Adela Velasco, del Borne; Teresa Soler, de Santa Catalina; Josefa Carbonell, de la Boquería; Eulalia Casas, de San Antonio; Jacinta Borrás, de la Concepción; Elvira Roura, de San Andrés; Esperanza Girbau, de Hostafranchs; Monserrate Mallofré, del Clot; y Filomena Cerezo, de Gracia. Esta última ha sido elegida reina de las reinas.

Las reinas de los mercados han sido obsequiadas con bailes y funciones teatrales dadas en su honor por las empresas de varios coliseos, y con una becerrada de beneficencia organizada por los vendedores del mercado de San José y que se celebró en la tarde del día 9 en la Nueva Plaza de Toros.

Diremos para terminar esta breve nota que la iluminación del Paseo de Gracia y de la Plaza de Cataluña produce muy hermoso efecto. - T.



Banda municipal de Valencia

También en el Palacio de Bellas Artes ha habido conciertos de música de cámara admirablemente ejecutados por los seño-

minación del Paseo de Gracia y de la Plaza de Cataluña produce muy hermoso efecto. - T.

NUEVA REIMPRESIÓN

PENSAMIENTOS —
— Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.



VINO y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

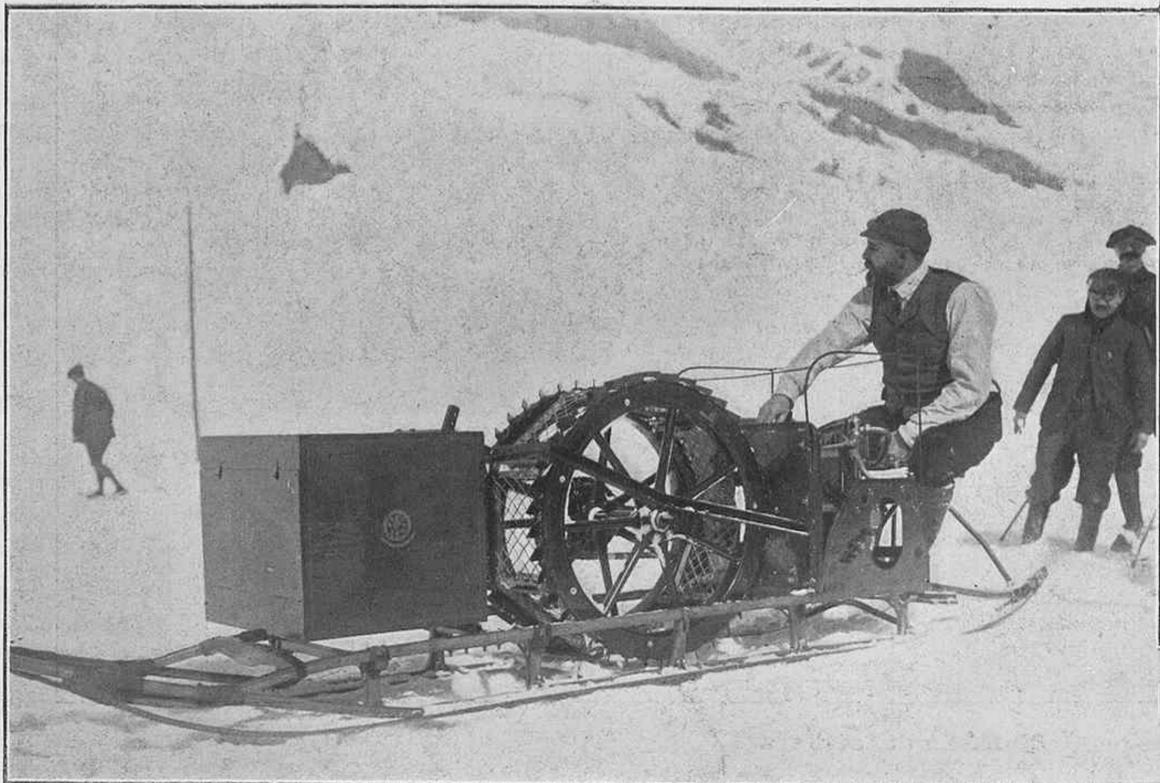
PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

REGRESO DE LA EXPEDICIÓN CHARCOT, EXPLORADORA DEL POLO SUR

El día 30 de mayo último llegó a la isla de Guernesey el buque *Pourquoi-Pas?* con la comisión que, dirigida por el doctor Charcot, ha explorado últimamente las regiones antárticas. Al día siguiente, los expedicionarios fueron solemnemente recibidos por las autoridades civiles y militares de la isla. De allí se trasladó a la rada del Havre y de ésta a Ruán, adonde Charcot y sus compañeros, que, después de cerca de veintidós

por la noche fué obsequiado con un banquete y una recepción. En la mañana del 5, el presidente de la citada sociedad ofreció al Dr. Charcot y a sus compañeros un almuerzo, terminado el cual el ilustre explorador partió para París. La expedición Charcot salió del puerto del Havre



Trineo automóvil utilizado por el Dr. Charcot en su exploración de las tierras antárticas



Llegada a la isla Guernesey del buque «Pourquoi-Pas?», que condujo a la expedición del Dr. Charcot. (De fotografías de M. Branger.)

meses de ausencia, volvían a pisar el suelo de Francia, llegaron el día 4 de este mes.

El recibimiento que les dispuso la población ruanesa fué entusiasta, habiendo acudido a darles la bienvenida, aparte de un público numerosísimo, representantes de los ministros de Marina y Negocios Extranjeros, del príncipe de Mónaco, de la Sociedad de Geografía, del Museum y de otras importantes entidades científicas.

El día de su llegada a Ruán, el Dr. Charcot dió una conferencia sobre su viaje en la Sociedad de Geografía Normanda, y

en 15 de agosto de 1908 y a fines de diciembre llegó al Antártico. Por entre innumerables escollos y con verdadero peligro, el *Pourquoi-Pas?* navegó a lo largo de la tierra de Graham y después de haber pasado por la isla Adelaida y por la misteriosa tierra de Alejandro I, en la que los exploradores descubrieron 400 kilómetros de costa antes desconocidos, la expedición exploró la bahía Margarita.

A fines de enero y después de vencer grandes dificultades, el *Pourquoi-Pas?* buscó abrigo, para pasar el invierno, en la isla Petermann, en donde permaneció diez meses, aprisionado

por los hielos. Aquella larga detención fué utilizada por los expedicionarios para efectuar observaciones científicas y recoger colecciones, convirtiéndose el buque en un laboratorio.

A fines de noviembre de 1909, comenzada la disgregación de los hielos, el *Pourquoi-Pas?* pudo llegar a la isla de la Desección y después de dedicar un mes a la exploración científica de los Shetlands, la expedición, en 6 de enero de este año, hizo otra vez rumbo hacia el Sur, descubriendo nuevas tierras al Sudoeste de la isla de Alejandro I, recorriendo lugares nunca visitados, explorando la topografía submarina y recogiendo la fauna que puebla aquellas profundidades oceánicas hasta entonces vírgenes de toda investigación. A últimos de enero, agotada la provisión de carbón y ante la imposibilidad de seguir navegando a causa de los icebergs, el Dr. Charcot resolvió emprender el viaje de regreso a Europa. — T.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS RES
JORET HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA + CLOROSIS
 APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas
PÍLDORAS DE BLANCARD
 de Paris (2 a 6 al día)
no se venden sueltas
 EXÍJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE
JARABE DE BLANCARD
 Inalterable (2 a 3 cucharadas al día)
 DESCONFÍESE de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

Fecha de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el outis limpio y sano
 Casa CANDÈS 74 St-Denis, 74

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
 * Célebre Depurativo Vegetal *
 cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL**
 Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
 Todas Farmacias.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
 CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA
 Dos tomos en folio, ricamente encuadrados, 100 pesetas

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra **ASMA**
CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
 MEDALLAS ORO Y PLATA.
 FUMIGATION
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA
 el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**
 Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. BeauX-Arts, Paris.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.